

LA ILUSTRACION NACIONAL

SCIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

MADRID

FUNDADOR

AÑO XIX.—NÚM. 20

ADMINISTRACIÓN: CLAUDIO COELLO, 22

D. Arturo Zancada y Conchillos.

31 de Julio de 1898.



Después del combate. — El salvamento.

SUMARIO

GRABADOS: Después del combate: El salvamento.—Isla de Cuba: El paso del Cauto.—Modelo para ambulancias de cartón cue-ro.—Isla de Puerto Rico: Playa de Mayagüez.—Isla de Cuba: Vista de Manzanillo desde el puerto de Gerona.—Entrada del poblado de Daiquiri, donde desembarcó la expedición yan-kee.—Calle de la Concepción y vista del puerto de Zaragoza, en Manzanillo.—Casa Ayuntamiento de Manzanillo.—Isla de Cuba: Plaza de Armas de Manzanillo.—Marina de guerra: Buques torpedos.—Tubos lanzatorpedos a bordo de los buques de guerra.—El presidio de la Habana.—Un servicio humani-tario.—Habana: Salón teatro Trotcha.

TEXTO: A nuestros lectores.—Croniquilla, por *El Dómine Lu-cas*.—Las dos Granadas (bibliografía), por D. Jacinto Her-múa.—El sargento Hornus, por Alfonso Daudet, traducido por D. Luis Bonifós.—¡Viva España!, por D. A. Sánchez Pérez.—Sermón perdido, por D. Daniel Collado.—Dos fechas, por D. P. Zancada.—Reseña histórica de la Guardia civil, por el coronel del Cuerpo D. Eugenio de la Iglesia.—Habladorías, por D. Eduardo de Palacio.—Al mar, por D. Vital Aza.—El maculillo en las Universidades, por el *Conde de Fabraquer*.—Notas bibliográficas, por *Bibliófilo*.—Los grabados.—Anun-cios.

A NUESTROS LECTORES

Debemos advertir á nuestros lecto-res que si reciben este número con algún retraso es por causas comple-tamente ajenas á nuestra voluntad.

Agradézcanselo á los procedimien-tos á que tiene sometida á la Prensa el paternal Gobierno que disfruta-mos.

CRONIQUELLA

—¡Querido don Patricio!
—¡Queridísimo dómine!
—Tanto honor.
—Tanto gusto.
—¿Usted no veranea?
—¿En estas circunstancias?
—¡Bah, bah, bah! ¿Al cabo de sus años nos sale usted con esas ranciedades? Se va usted á aburrir en Madrid.
—No lo crea usted. He descubierto el medio de no aburrirme...
—¿Hablando de política?
—Libreme Dios. Coleccionando lapiceros.
—¡Cosa más rara!
—Con que rara ¿eh? El lápiz tiene en estos tiempos, no sólo una importancia excepcional, sino una trascendencia suma.
—Puesto que usted lo dice...
—Oiga usted dos palabras al oído.

.....
.....
—¡Ah!
—Sí, señor. Además, como con esto de la censura hay mucha falta de original en las redaccio-nes y ya sabe usted quién soy yo componiendo je-roglíficos y charadas...
—*La charada*; ¡vaya un título para un periódico de actualidad!
—Si usted le funda yo puedo encargarme de las crónicas.
—A propósito de crónicas. ¿Quiere usted faci-litarme asuntos para una?
—Y para un millón. Cosa más fácil... Empiece usted hablando de la temperatura.

—¡Cincuenta y seis grados en Sevilla! ¡Qué horror!

—No hay mal que por bien no venga, amigo mío. Los sevillanos han resuelto el problema de guisar sin carbón. El sol le suple con ventaja.

—Pero estarán liquidados.

—¡Como por ahí acabaremos todos!

—Y de los restos de Colón ¿qué opina usted?

—Pues lo que Cavia, que rueda la idea.

—¿Cree usted que habrá un Aristizábal capaz de cargar con ellos?

—Lo que creo es que es de muy mal gusto entretenerse en estos tiempos en trasladar cenizas. Parece una alusión al pueblo español.

—Puede que lo sea.

En cambio es un hecho, aunque otra cosa digan los pesimistas, el progreso intelectual de nuestro país. Según *Don Modesto*, el revistero de toros de *El Liberal*, en lo que va de temporada se han celebrado 127 corridas y muerto á estoque 660 as-tados.

¡Oh poder *dil cornu!*

Sé además (pero hágame usted el favor de no divulgarlo), sé además que el Gobierno se pre-ocupa seriamente de la cuestión y piensa tomar sus medidas.

¿Para suprimir los toros?

No, señor; para aumentar las plazas.

—¿Y qué me dice usted de Mestre Martínez?

—Que es el mismísimo demonio. Ya tiene soli-viantado á medio Madrid con sus *botijos*.

—El año pasado hice con él una excursión.

—¿Y qué tal?

—El delirio, amigo mío, el delirio. En cada esta-ción una apoteosis. En Huerta nos regalaron un vagón de hortalizas; en Tembleque temblaron de gusto las esferas; en Villacañas corrió la manza-nilla como si hubiéramos estado en Jerez, y en Chinchilla...

—Punto en boca.

EL DÓMINE LUCAS.

LAS DOS GRANADAS

(BIBLIOGRAFIA)

Con ese bello y atractivo título acaba de publi-car nuestro querido amigo el coronel de ingenie-ros y notable escritor, correspondiente de la Aca-demia de la Historia, D. Honorato de Saleta, el tomo XII de su tan reputada *Propaganda espa-ñola*.

Por su especial carrera hale tocado al Sr. Sale-ta estar casi siempre entre obreros de artes y ofi-cios, y, como está dotado de talento privilegia-do, de memoria fresca y lozana y de infatigable amor á la literatura, ha creído — y lo ha realiza-do, que es lo más plausible — que el mejor estímulo para sus subordinados es “demostrarles el mo-vimiento andando”, esto es, que siendo él Director facultativo de obras, debe dar el ejemplo de ser también incesante obrero intelectual, ó más en romance: “ya que construyo edificios para utili-dad del sér fisiológico, debo á la par levantar obras para utilidad y esparcimiento del espíritu, del ser intelectual.”

Y tan nobles propósitos los lleva logrados con

creces, pues, á más de la provechosa labor que representa su *Propaganda española*, sabido es que ha publicado notables obras sobre Historia de España, Historia universal y matemáticas.

Este afán incesante, este acicate de su despierta inteligencia, al llevarle su destino á la que fué en un tiempo estancia predilecta, queridísima y des-pués llorada con lágrimas amarguísimas del últi-mo rey moro en España, le inspiró la publicación de *Las dos Granadas*, en la que se presenta al lector, en resumen grato y hábilmente combinado y con sucesivos relevos de amenísimos paisajes, de joyas artísticas y arqueológicas, de recuerdos históricos siempre seductores, siempre atracti-vos, siempre halagadores, las huellas, los vesti-gios, los encantos, las filigranas que en pos de sí han dejado en aquella hermosa y paradisíaca vega granadina las dos civilizaciones, árabe y cristiana respectivamente, para entusiasmo y recreo de todos los amantes del arte y de la Historia.

En cuanto Saleta llegó á Granada quiso cono-cerla á vista de pájaro, única manera de que su fértil imaginación abarcase en conjunto todas las maravillas, todas las preciosidades, todas las so-ñadoras quimeras que ha encerrado siempre aque-lla poética ciudad y la incomparable campiña que la rodea, matizada por doquier de sus frondosos cármenes y regada por las cristalinas corrientes del aurífero Darro y del susurrador Genil.

Emprendió la excursión desde la plaza *Nueva* por la empinada cuesta de *los Gómez*, y, dejan-do tras de sí la puerta de *las Granadas* y la mu-ralla que une las *Torres Bermejas* con la *Alham-bra*, no se dió punto de reposo hasta colocarse en la azotea de la *Torre de la Vela*. Desde allí descubrió ese inimitable é incomparable panora-ma que ofrece la extensa y feraz vega granadina, aquel sonriente mar de verdura, aquellos pue-blecitos blancos y radiantes como pequeñas islas de aquel mar verde esmeralda, y, al elevar la vista, aquel cielo purísimo y de azul sin igual, en el que sus anteriores pobladores los árabes ha-brían tantas veces soñado hallar las prometidas celestiales *huries*, y á sus pies aquella ciudad embriagada de aromas y adormecida entre flores y palmeras, que hizo exclamar al inspirado vate y cantor nacional Zorrilla:

“¡Granada! Ciudad bendita,
reclinada sobre flores,
quien no ha visto tus primores
ni vió luz ni gozó bien.

„Quien ha orado en tu mezquita
y habitado en tus palacios
visitado ha los espacios
encantados del Edén.”

Y ante tanta grandeza, y ante tanta hermosura y ante aquel maravilloso Edén, nunca ofrecido á su vista, Saleta quedó deslumbrado y más tarde se sintió poseído de un mágico sopor, de un éxta-sis delicioso... y al despertar...

Al despertar ya tenía hecho su libro.

JACINTO HERMÚA.

EL SARGENTO HORNUS

POR
ALFONSO DAUDET

El sargento Hornus era hombre tan tosco y de cortos alcances, que apenas sabía firmar, y nece-sitó veinte años de servicio para ganar sus ga-lones.

Además, era algo tartamudo; pero un abanderado no necesita tener elocuencia. Cierta día, en una batalla, sostuvo heroicamente la bandera de su regimiento, pues todos los que antes que él la llevaron cayeron muertos. Aquella tarde misma su coronel le dijo: "¡Ya que has sabido defender la bandera, tú la llevarás; es tuya!". Y sobre su capote de campaña, ya pasado por la lluvia y el fuego, le cosió la cantinera los galones de oro de sargento.

Toda su vida, toda su fuerza, reconcentrabanse en sus crispados dedos cuando sostenía la bandera, en torno de la cual silbaban las balas, y sus provocadores ojos parecían decir á los prusianos: "¡Ved si os atrevéis á tomarla!..."

Nadie se atrevió á ello, ni aun la muerte.

A pesar de Borny y de Gravelotte, las más te-

rá un punto de la ciudad, como si su cólera designara un culpable, gritando: "¡Prenderle! ¡Fusilarle!..."

Los oficiales les dejaban decir... A un lado, con la cabeza baja, paseábanse como si se avergonzaran delante de sus soldados. Era, en efecto, vergonzoso. Acababa de leerse á 150.000 hombres, bien armados y dispuestos á combatir, la orden del mariscal que los rendía, sin luchar, al enemigo de la Patria.

—¿Y las banderas?—preguntó Hornus palideciendo.

Las banderas, como los fusiles, como los equipajes, como todo... habían sido entregadas.

—¡Rayo del cielo!—balbuceó el pobre hombre.—No tendrán la mía...—Y echó á correr en dirección á la ciudad.

ría ver á nadie... mas la consigna no podía detener á Hornus en aquel instante.

Juraba gritando y golpeando con el aldabón.

—Mi bandera... Yo quiero mi bandera...

Por fin se abrió una ventana.

—¿Hornus, eres tú?

—Sí, mi coronel, yo...

Todas las banderas han sido llevadas al Arsenal... No tienes más que presentarte allí y te darán un recibo.

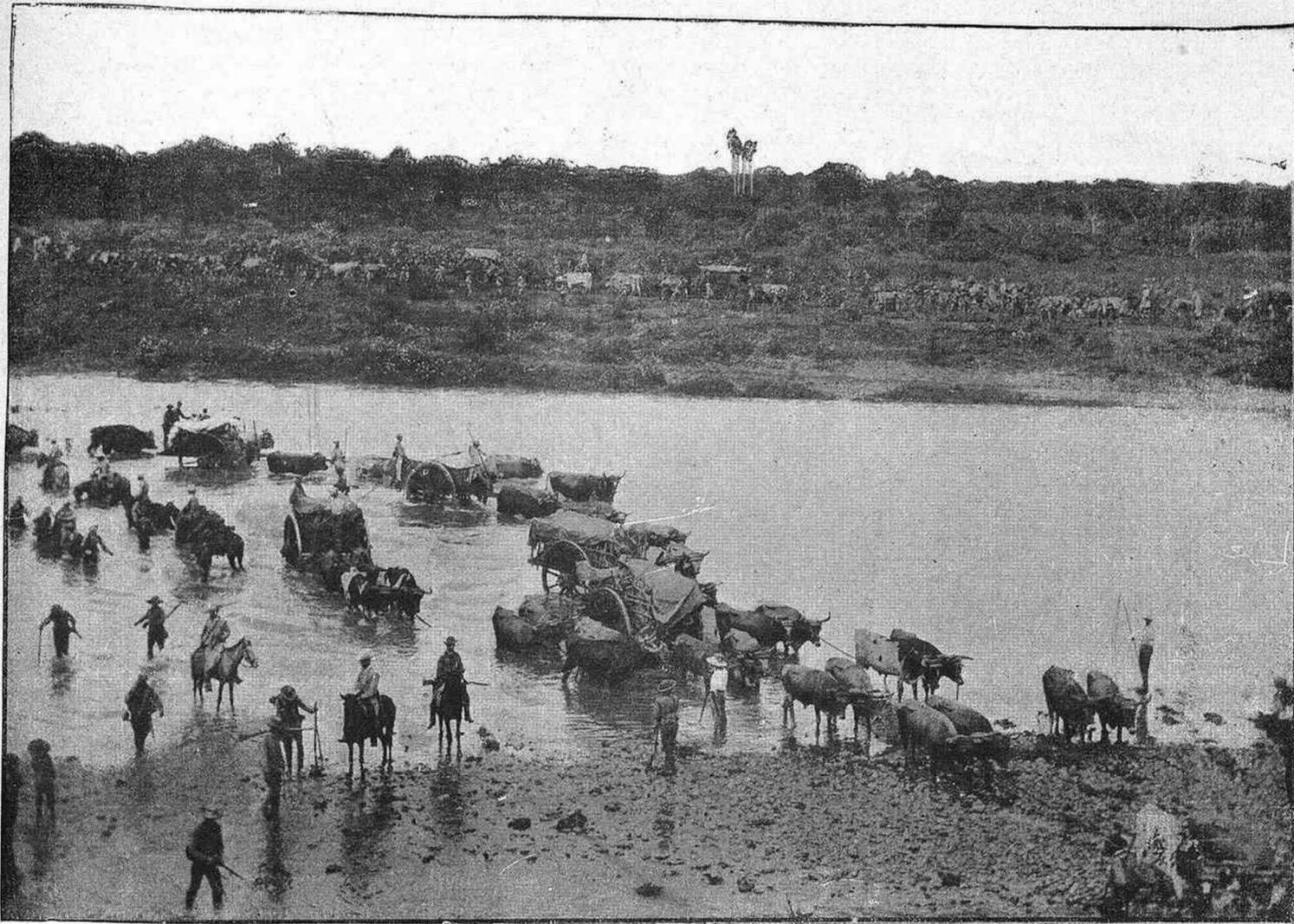
—¿Un recibo?... ¿Y para qué?

—Es la orden del mariscal...

—Pero, mi coronel...

—¡Déjame en paz!... Y volvió á cerrarse la ventana.

El veterano Hornus tambaleóse como un borracho.



ISLA DE CUBA.—El paso del Cauto.

ribles y mortíferas batallas que libró el ejército, la bandera siempre salía agujereada, transparente de heridas; mas nunca el veterano Hornus dejó de sustentarla con honra.

Llegó Septiembre, el bloqueo, la larga permanencia en el fango que enmohecía los cañones y desmoralizaba las primeras tropas del mundo; por la innacción y la falta de víveres y de noticias hacía morir de fiebre y de fastidio al ejército de Metz. Ni jefes, ni soldados, nadie confiaba en nada; sólo Hornus tenía aún esperanzas. Desgraciadamente, como ya no se batían, el coronel guardaba la bandera en su casa, en uno de los arrabales de Metz; y el animoso Hornus enconábase como una madre que hubiese confiado su hijo á una nodriza. Pensaba en ella sin cesar.

Una orden del mariscal Bazaine truncó de pronto todas sus ilusiones. Una mañana, al despertar Hornus, vió todo el campo en movimiento; los soldados, en grupos tumultuosos, excitábanse con gritos de rabia y cerraban los puños en dirección

También había en ella gran animación. Guardias nacionales, paisanos y guardias móviles, gritaban, agitándose. Las comisiones dirigíanse temblando á casa del mariscal. Hornus nada veía ni oía. Hablaba solo, subiendo la calle del arrabal á toda prisa.

—¡Quítame mi bandera! ¡Vaya! ¡Eso no puede ser! ¿Quién tiene derecho á ello? ¡Que dé á los prusianos lo que es de su propiedad, sus doradas carrozas y la hermosa vajilla de plata que trajo de Méjico! Pero la bandera es mía... Es mi honra, no consentiré que nadie la toque.

Todas estas palabras eran ininteligibles, tanto por la carrera como por la lengua tartamuda del que las profería; mas en su mente llevaba el veterano una idea fija, un pensamiento claro y preciso: recobrar la bandera, llevarla á su regimiento y pasar por en medio de los prusianos con los que quisieran seguirle.

Cuando llegó á casa del coronel no le dejaron entrar. Éste, que también estaba furioso, no que-

—¡Un recibo!... ¡Un recibo!...—repetía maquinalmente.

Las puertas del Arsenal hallábanse abiertas de par en par á fin de que pasaran los furgones prusianos que aguardaban en hilera en el patio. Hornus entró en él temblando. Allí vió á los demás portaestandartes, 50 ó 60 oficiales, con rostros sombríos, taciturnos, y aquellos oscuros carruajes, bajo la lluvia; aquellos hombres silenciosos y agrupados, con la cabeza descubierta, asemejábanse á un cortejo funebre.

En un rincón se hallaban amontonadas, confundidas, todas las banderas del ejército de Bazaine sobre el pavimento enlodado. Nada más triste que aquellos despojos de seda brillante, aquellas reliquias con franjas de oro y astas adornadas, todo aquel tren glorioso tirado por tierra, lleno de lluvia y fango... Un oficial de Administración tomaba las banderas una á una, y al nombrar á los regimientos á que pertenecían, cada portaestandarte ó abanderado se adelantaba para tomar su



recibo. Tiosos, impasibles, dos oficiales prusianos vigilaban la operación.

—Hornus, á ti te toca... Te están llamando... Ve á buscar tu recibo... ¡No había duda, se trataba realmente de un recibo!...

La bandera estaba ante sus ojos. No había que dudar, era la suya, la más hermosa, la más mutilada de todas...

La sangre del corazón subiósele de repente á la cabeza. Ebrio, loco, lanzóse sobre el oficial prusiano, le arrancó su adorada enseña con ambas manos, y luego aun quiso levantarla muy alta y enhiesta, gritando:

—A la bande... — Mas la voz se ahogó en su garganta. Sintió temblar, escurrírsele el asta entre

ñol, estimable diario defensor de los intereses militares, dijo:

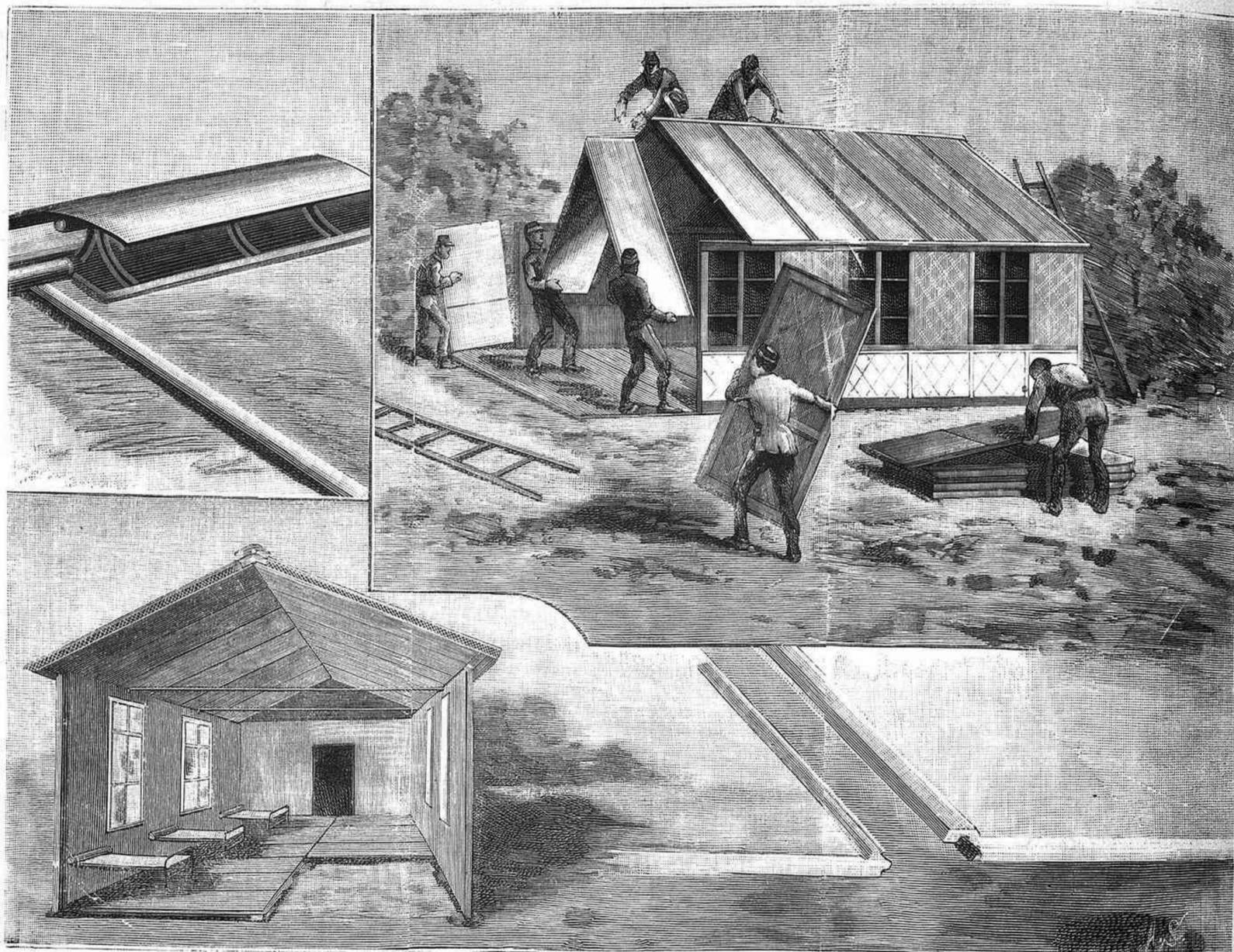
“Nos declaramos vencidos, pero vencidos en toda la línea. Los partidarios de la paz avanzan á pasos agigantados. Ayer eran unos pocos; á ellos, desde hace algunas horas, se han agregado fuerzas importantes,,

¿Vencidos? ¡No! En este asunto no hay, no puede haber ni vencidos ni vencedores; sino buenos hijos de España, que solamente aspiran al bien y al engrandecimiento de la Patria de todos.

También me parece inexacta la afirmación de que los partidarios de la paz hayan sido ayer, ni nunca, unos pocos; fueron siempre muchísimos: la mayor parte de los españoles lo fueron y conti-

No es necesario señalar ahora la enorme diferencia que hay entre la guerra que, á principios de este siglo, sostuvo España contra los franceses y la que ha surgido ahora entre los Gobiernos español y norteamericano. Aquella fué popular desde el principio; ésta no lo ha sido nunca. Para que la primera lo fuese, para que el odio al ejército invasor prendiera simultáneamente en todos los pechos españoles, hubo concausas y motivos que están al alcance de todos y que sería ocioso exponer á quien de sobra los conoce.

De las guerras contra los moros, en las cuales había además de lucha religiosa (que fué en todo tiempo la más enconada), ya se comprende que habiendo durado siete siglos llegó á convertirse



MATERIAL SANITARIO.—Modelo para ambulancias de cartón cuero.

sus manos. En aquel aire pesado, aire de muerte que abruma las ciudades rendidas, las banderas no flotaban, nada noble y altivo podía ya vivir...

El veterano Hornus cayó en tierra como herido del rayo.

Por la traducción,
LUIS BONAFÓS.

¡VIVA ESPAÑA!

Si vis pacem, para bellum.

Vamos á la paz; esto es evidente de toda evidencia; lo sabemos todos, lo presentimos todos; es más, estoy por decir que casi todos lo deseamos.

Véase por qué produjo penosísima impresión en mi ánimo la lectura de un valiente y bien pensado y mejor sentido artículo en que *El Ejército Espa-*

nían siéndolo. La lucha fué, desde sus comienzos, impopular en España. Si la declaración de la guerra hubiera sido sometida, *de veras*, á un plebiscito, los belicosos hubiesen quedado en exigua, en casi insignificante minoría.

Pero como no se hizo esto, y como, por otra parte, los defensores de la guerra, con las vehemencias propias de nuestra raza impresionable adoptaron una actitud amenazadora y se habían apoderado por sorpresa de la bandera del patriotismo, los amigos de la paz se intimidaron, porque se necesita gran valor cívico para aceptar, ante la que parece opinión generalizada, tacha de cobardía ó de falta de patriotismo. Algunos lo tienen; pero son pocos.

La verdad es, digan lo que quieran historiadores y cronistas, que han sido contadísimas las guerras verdaderamente populares en España.

Si acaso la de la independencia, en nuestro tiempo, y la de la reconquista en época remota.

en costumbre de nuestro pueblo; se peleaba contra los moros como se almorzaba ó se dormía la siesta. Fué aquello á modo de una labor nacional, como la de podar las viñas ó moler el trigo. Tanto es así, que las batallas entre cristianos y moros se han perpetuado, á través de los siglos, en nuestro pueblo, que aun conservaba la tradición en muchas de sus fiestas locales hasta hace muy pocos años. Jugar á moros y cristianos era tan usual y tan frecuente entre los chicos de las aldeas como lo es ahora jugar al toro, ó apedrearse de barrio á barrio en las grandes poblaciones; Madrid inclusive, por supuesto.

Y con haber sido tan popular, por imponerle las circunstancias, la guerra contra *el infiel*, guerra de conquista por añadidura, aun nos ha conservado la Historia tratados de paz y de amistad que pactaron, cuando lo creyeron conveniente, monarcas españoles y reyes moros; sin que dejase de ser frecuente en aquella guerra de setecientos

años ver á reyes cristianos pidiendo el auxilio de la morisma contra otros reyes también cristianos. La musa popular nos ha conservado además aquellos tan repetidos versos:

“Mate moros quien quisiera
que á mí no me han hecho mal,,

prueba incontestable de que no se hallaba tan generalizado, como se ha pretendido, el odio contra los sarracenos.

Pues si tan general hubiera sido ese odio y tan arraigados hubieran estado aquellos rencores, ¿cómo habríamos tardado siete siglos en expulsar de España á los invasores, que se habían apoderado en pocos meses?

sa para tratar de todos los asuntos en general, y muy especialmente de éste, me veda ampliar los razonamientos, á los cuales, por otra parte, el articulista aludido se vería en la imposibilidad de replicar, aunque tuviera intención de hacerlo.

Pero ha de serme lícito manifestar lo que me proponía, es, á saber: que los muchos, los muchísimos españoles que desean la paz no son malos patriotas, ni cobardes, ni afeminados, sino buenos hijos de España que sinceramente creen la paz lo mejor para su país.

Si hemos de suponer siempre mala fe, ó móviles indignos, ó impulsos ruines en quien no piensa como nosotros pensamos, no habrá manera de discutir nunca. El que más insulte se impondrá al

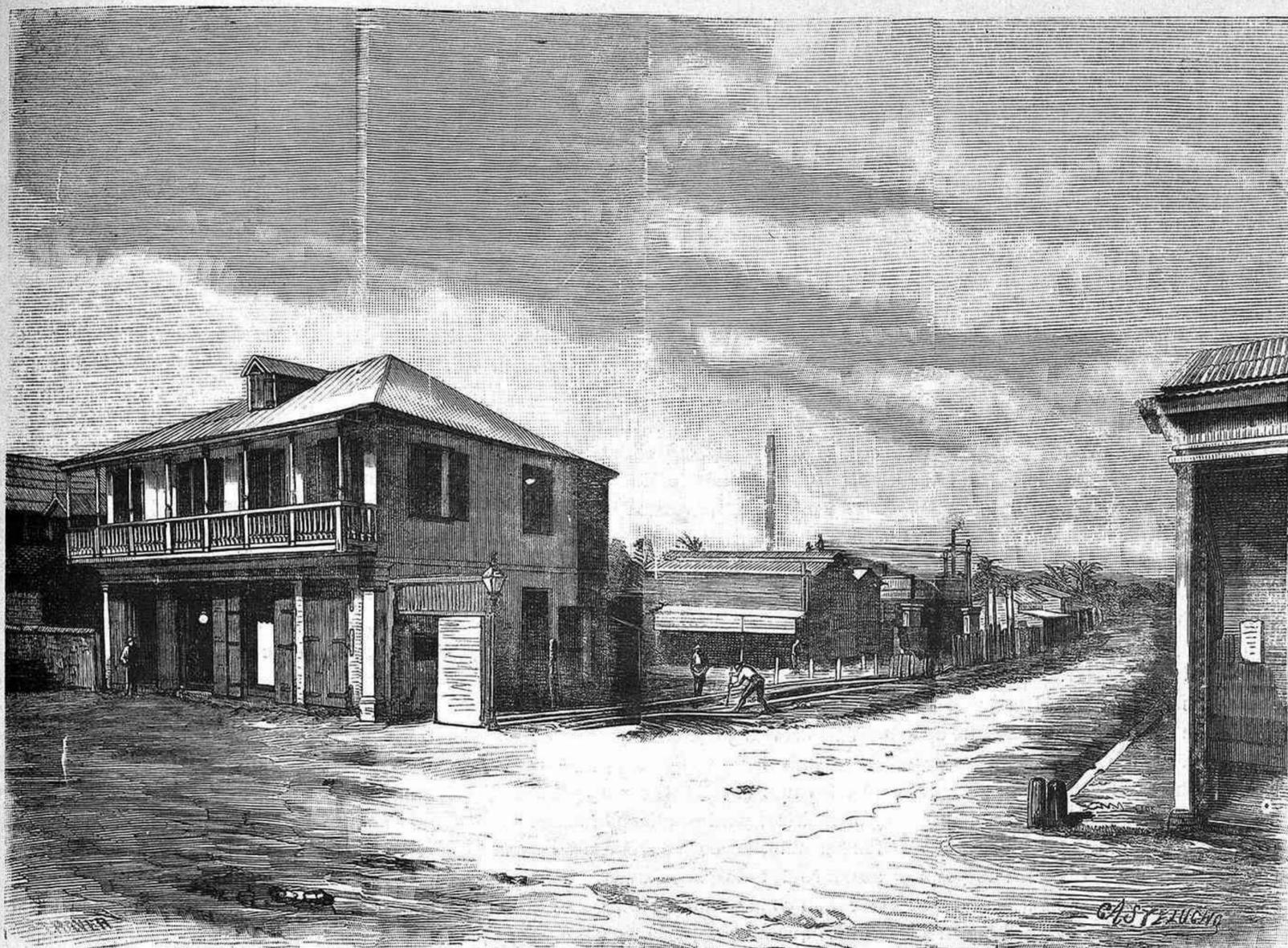
SERMON PERDIDO

I

Le estaba viendo, le estaba contemplando y no quería convencerme de que era el bueno de don Sabas, el sacerdote, que avanzaba hacia mí llamando la atención de los transeuntes á causa de sus toscos manteos y su sombrero enorme.

Y, sin embargo, era verdad.

Si hubiese seguido dudando habría disipado mis dudas el tremendo apretón de manos con que me obsequió por vía de saludo.



ISLA DE PUERTO RICO.—Playa de Mayagüez.

De que nuestras guerras de conquista no alcanzaron nunca gran popularidad tampoco nos da buena prueba *Cervantes*, cuya opinión no puede ser sospechosa en este punto y que, en su libro inmortal, reproduce esta copla:

“A la guerra me lleva
la necesidad.
Si tuviera dinero
no fuera en verdad.,”

la cual expresa de modo que no deja lugar á duda cuál era la opinión del pueblo acerca de las glorias conquistadas por los reyes de España, cuando no se ponía el sol en sus dominios.

No, no; ni entonces fueron, ni son ahora, ni serán nunca populares las guerras en España. Y en esta ocasión, puede creerlo el ilustrado articulista de *El Ejército Español*, en esta ocasión, como en otras muchas, la opinión de la mayor parte de los españoles es favorable á la paz.

Las circunstancias, en que hoy se halla la pren-

más prudente y el de mejor pulmón avasallará al afónico.

No es esta cuestión de insultos ni de voces; yo, partidario de la paz, empiezo por reconocer patriotismo, desinterés, rectos propósitos, nobles aspiraciones en los partidarios de la guerra, ¿por qué no han de suponer ellos en mí lo mismo? A bien que si á rebuscar vamos motivos pequeños para calificar de mala manera cada opinión, no habrían de faltar de esos motivos supuestos contra los que á todo trance quieren la guerra.

No, no vayamos á esos arsenales en que hallaríamos armas para todos; considerémonos unos y otros como lo que somos, como españoles que quieren y procuran el bien de España, y veamos el modo de llegar á ese resultado.

Modo que nunca podía haber sido el de ir á la lucha sin estar preparados para ella.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

¿Pero cómo explicarme satisfactoriamente aquella *aparición*? ¿A qué había venido á Madrid el cura de Vallealegre? ¿Por qué discurría tranquilamente por la calle de Alcalá á las cuatro de la tarde de un espléndido día de Abril? ¿Por qué fijaba con tanta insistencia su mirada en los paseantes y más especialmente en las paseantas el santo varón?

Todas estas preguntas y algunas más que no recuerdo ahora me dirigí en el corto intervalo que medió entre el apretón de manos y esta natural exclamación del sacerdote:

—¡Vuelve en ti, hombre, vuelve en ti, que no soy alma del otro mundo ni allá pienso ir en muchos años!

Confieso, sin embargo, que aunque á la exclamación acompañaba la más bondadosa de las sonrisas, mi asombro iba en aumento.

D. Sabas era un hombre chapado á la antigua, apegado al terruño, y para él no existía más mundo que su valle ni más ideal que su iglesia.



No era, pues, presumible que hubiese solicitado y obtenido el gobierno de alguna parroquia de Madrid y que viniera á ejercer en la corte su santo ministerio.

Para D. Sabas, Madrid hubiera sido lo que es la estrecha jaula para esas aves refractarias en absoluto á la prisión, que en ella mueren lanzando píos lastimeros, siquiera les rodeen dorados alambres y estén los comederos pletóricos de alpiste.

Esto lo sabía yo de muy antiguo, y de ahí mi asombro al encontrarme con D. Sabas en Madrid.

II

Nos encaminamos al Retiro, tomamos asiento, y como si el bueno del sacerdote hubiese comprendido mi curiosidad, empezó á hablar de esta manera:

—Bien conozco que desde que nos hemos encontrado te estás dirigiendo estas preguntas, que á decir verdad me parecen muy naturales: ¿A qué habrá venido este hombre á Madrid? ¿Qué causas le habrán impulsado á abandonar su iglesia y á dejar sin misa á sus feligreses?

Motivos tengo, y á no ser éstos tan poderosos me encontraría á estas horas muy lejos de la corte.

Óyeme, pues, con atención, porque lo que te voy á referir bien lo merece.

Es el caso que, hace tres años, Juanuca, la hija mayor del tío Ponchón, y Felipe, el hijo único de Pito Robles, hicieron una barrabasada que escandalizó al lugar entero.

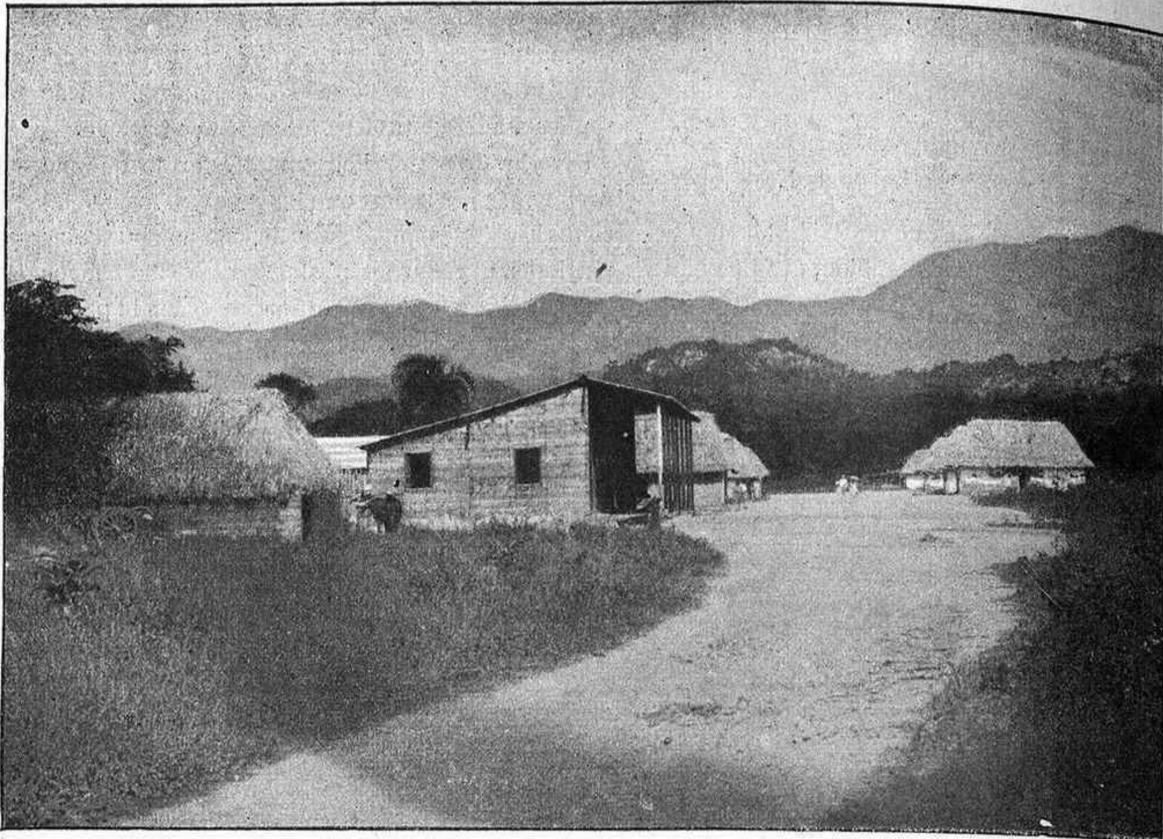
Cosas de muchachos, ya lo sé, pero al cabo y al fin cosas feas.

Acudió á mí Ponchón, llamé á Pito y se concertó el casamiento, después de propinar á los culpables una filípica más que regular.

Pero ocurrió que seis días antes al en que el matrimonio se debía de celebrar, el hijo de Pito desapareció de Vallealegre, y algunos meses después averiguamos que el tal se hallaba en Buenos Aires.

Juzga tú la desesperación de la muchacha, el desconsuelo de los padres y mi hondísimo pesar.

Yo no soy un sabio, soy solamente un pobre cura de aldea, pero mi conciencia me está diciéndome á todas horas que hasta donde me es posible cumplo con mi deber.



ISLA DE CUBA.—Entrada del poblado de Daiquiri, donde desembarcó la expedición yankee.

¿Por qué olvidaban los suyos mis feligreses?

.....

Con que Pito y Ponchón fueron abuelos, y precisamente por aquellos días llegaron á Vallealegre unos señorones de Madrid.

Era ella una matrona joven y elegante, en quien se advertían á primera vista todos los refinamientos de la vida de la ciudad, y él un apuesto caballero, no menos joven y distinguido.

A juzgar por su aspecto y la finura que con todos empleaban, nadie hubiera creído que aquellas gentes fueran capaces de causar daños ni disgustos á sus semejantes.

Y, sin embargo, ¡cuántos han ocasionado en mi pobre aldea!

A los tres días de llegar empezaron á buscar una nodriza, y á los quince la madrileña daba á luz un niño, de cuya lactancia se encargó, con asombro de todos, la Juanuca.

Y digo con asombro, porque no nos cabía en la cabeza que una mujer joven y robusta se privase de la función más santa que una madre puede ejercer.

Pero así sucedió, y no fué lo peor que esto sucediese, sino que obligaron á la Juanuca á entregar su hijo á otra mujer para que pudiera criar mejor al de la madrileña.

Dos meses después los madrileños y la Juanuca se vinieron á Madrid, y desde aquella fecha Vallealegre está desconocido.

La Juanuca ha ganado aquí muy buenos cuartos y el tío Ponchón, que sólo tenía antes una vaca y un pedazo de tierra como la palma de la mano, tiene ahora seis vacas y una verdadera finca, si se compara la tierra que actualmente posee con la que anteriormente poseía.

Esto ha sido causa de que el demonio de la codicia haya sentado sus reales en Vallealegre, y tras la Juanuca ha venido á Madrid la Pepona y tras la Pepona la Micaela, y si Dios y los hombres no ponen remedio no se adónde iremos á parar.

Tú que me conoces á fondo, tú que no ignoras la severidad de mis costumbres y la rectitud de mis intenciones, comprenderás que no he contemplado el mal sin procurar su remedio.

En el púlpito y fuera del púlpito he hecho cuanto podía hacer para atajarle, pero ¡ay, amigo mío!, inútilmente.

Así las cosas, el domingo último prediqué un sermón que casi me atrevería á calificar de elocuente, y á la salida de la iglesia se me acerca el médico y me dice:

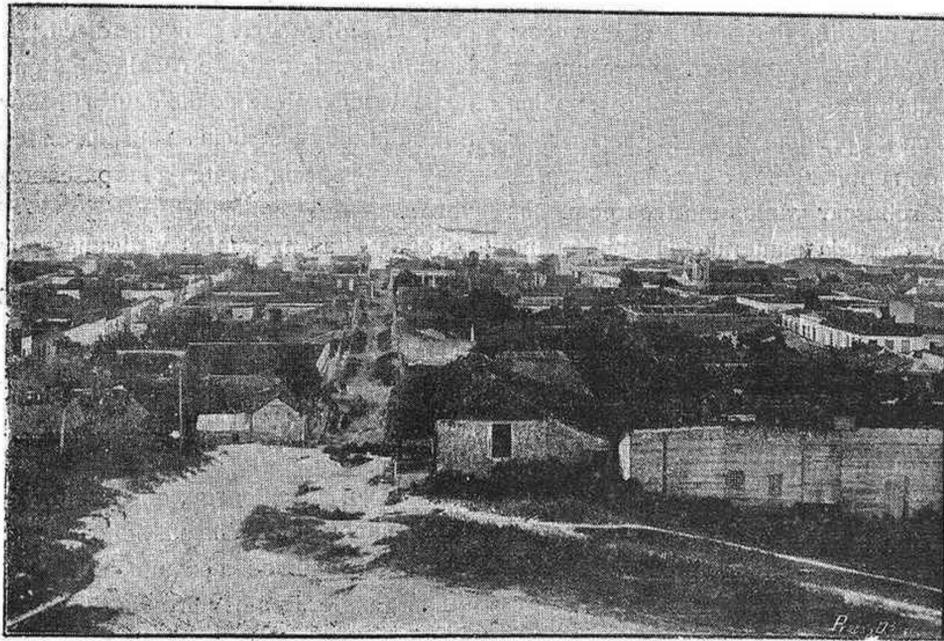
—Sr. D. Sabas, es usted un modelo de sacerdotes, un verdadero padre de almas, y bien lo demuestra el interés que por las de sus feligreses se toma.

Pero machaca usted en hierro frío, porque el origen del mal que combate no está en Vallealegre, sino en Madrid.

Sí—prosiguió—yo que he ejercido allí la medicina puedo asegurarle que de cada cien señoras que ponen en ama á sus hijos las noventa y nueve no lo hacen por higiene sino por comodidad.

Es muy empalagoso y *ata* mucho eso de criar á los hijos.

En primer lugar, tienen que sufrir las molestias que causan los pequeñuelos; en segundo, han de privarse de asistir á paseos, bailes y reuniones, y en tercero, que el talle ensancha, se aja el cutis y



ISLA DE CUBA.—Vista de Manzanillo, desde el fuerte de Gerona. (Fotografía de Gómez Carrera.)

las arrugas aparecen, y eso es muy duro para las mujeres que rinden culto, ó poco menos, al último figurín.

Pero como son gentes adineradas y el dinero es en estos tiempos la verdadera piedra filosofal, encuentran fácilmente madres postizas que se encargan de ejercer las funciones que por lo visto á ellas les repugnan.

—¡Pero eso es inmoral! — repliqué al médico.

—¿Y acaso digo yo que no lo sea?— me contestó.— Tan lejos estoy de suponerlo que si yo fuera legislador quizás hubiera presentado á estas fechas una proposición de ley acerca del particular.

Santo y bueno que, la que por imposibilidad física lo haga, ponga en ama á su hijo, pero las demás, esas no pueden tener perdón de Dios.

Porque no sólo contravienen las leyes de la naturaleza, no sólo privan á sus hijos de esos cuidados maternos tan necesarios á la niñez, no sólo demuestran el poco cariño que á sus hijos tienen, sino que son cómplices, no sé si conscientes ó inconscientes, de verdaderos crímenes.

¿Saben ellas adónde van á parar los hijos de esas mujeres á quienes entregan los suyos? ¿Han tratado siquiera de averiguarlo? Pues su paradero es la Inclusa, la madastra oficial, la casa maldita donde se desarrollan las horribles tragedias del hambre.

Así habló el médico y lo que él dijo vengo á repetir en Madrid.

Sí, prosiguió D. Sabas animándose, predicaré en una de esas iglesias elegantes, diré verdades como puños y así sabrán en la corte de lo que es capaz un cura de misa y olla.

III

El sacerdote cumplió su palabra.

Algunos días después al de aquel en que nuestro encuentro tuvo lugar, y previo un anuncio remitido por mí á los periódicos de mayor circulación, D. Sabas ocupaba la cátedra sagrada y explicaba con una elocuencia verdaderamente arrebatadora su primera conferencia.

El auditorio fué muy numeroso, abundó el bello sexo, y á la salida de la iglesia no hubo señora que no pusiera al conferenciante de oro y azul.

Las unas le calificaban de audaz, las otras de

poco galante, y la esposa de un ministro prometió á varias de sus amigas influir para que D. Sabas fuese llamado inmediatamente por el obispo de su diócesis.

Con estos antecedentes no extrañarán mis lectores que la segunda y última conferencia de D. Sabas fuese solamente escuchada por el sacristán y los acólitos.

Dos días después bajé á la estación del Norte á despedir al sacerdote.

Estaba preocupado y muy triste y apenas cruzamos media docena de palabras.

Pero al partir el tren me estrechó la mano fuertemente y exclamó con acento de verdadero dolor:

Sermón perdido, sermón perdido. ¡Pobres pequeños!

DANIEL COLLADO.

DOS FECHAS

Después de una campaña memorable; tras de dejar señalado nuestro ejército de Africa su camino por gloriosos jalones de repetidas victorias; frescos los laureles de los Castillejos y Guadal-Gelú, el combate en las trincheras de Tetuán puso digno coronamiento á la obra del general O'Donnell y sus bizarras tropas, que entraron en aquella ciudad escribiendo una hermosa página en la ejecutoria de nuestro abolengo.

El 6 de Enero de 1860, á las diez de la mañana de aquel hermoso día en que el sol brillaba resplandeciente, tomando parte en la alegría común, las tropas, al frente de las que iba el conde de Lucena montado en su caballo, blanco como el de la tradición del apóstol vencedor de los infieles, penetraban con delirante entusiasmo por las torcidas callejuelas á los sonos vibrantes y majestuosos de las marchas marcia-

les, llenando el aire de vítores y aclamaciones entusiastas, henchido de júbilo y desbordado de patriotismo el pecho de los vencedores de la morisma grey, que, rota y deshecha, huía por las cumbres de las montañas vecinas cual bandada de palomas agitando los flo tantes alquiceles.

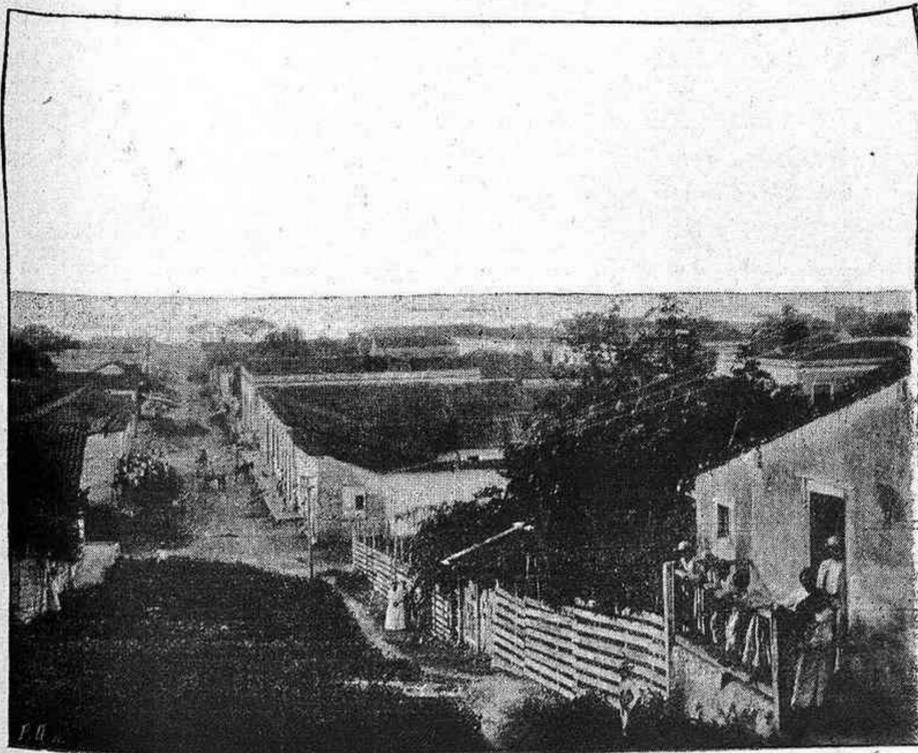
La ciudad de Tetuán, esbelta y blanca, tan blanca que, como dice Alarcón, semejaba chapa de plata refulgente, había caído en nuestras manos, y en las murallas y en la Alcazaba, en lugar del pendón verde del Profeta, lucía el pabellón rojo y gualda, el mismo que dominara á la Europa entera, el que abatió el águila napoleónica, el vencedor perpetuo que llevaba esos colores, según reza el cantar, porque no había sangre para vencerle ni oro para comprarle.

Fué aquel 6 de Enero un día cuyo recuerdo perdurará en los corazones españoles al lado de las más gloriosas empresas de nuestra acometividad guerrera, y se evoca con alegría condolido el espíritu por las amargas del presente aquella entrada victoriosa de nuestros batallones en medio de la estruendosa algarabía bélica y del abigarrado entusiasmo, que parece repercutir á través de los años para confortarnos en estas horas de dolorosas catástrofes.

La otra fecha es reciente y triste, muy triste; nuestros soldados, tras días crueles de desesperada lucha, habían tenido que capitular en Santiago de Cuba. ¡Qué odisea la suya tan sublime y conmovedora! Delante de ellos el enemigo formidable, la tierra enlodada aprisionándoles con ligaduras de cieno, el calor de los tropicos aniquilando sus cuerpos desfallecidos por el hambre y su naturaleza envenenada por la fiebre, desnudos, recibiendo las carnes amarillentas por la anemia la lluvia á torrentes, y, sin embargo, en pelea homérica, encarnizada, como si según la frase de Shakespeare quisieran bañarse en el vapor de la sangre olvidados de sus sufrimientos y fatigas y de los afectos todos de su alma, puesto sólo el pensamiento enardecido en la honra de la Patria, en el deber que se cumple con todo género de sacrificios sin vacilaciones ni tibiezas, exhalando al morir el santo grito de *¡viva España!* que vuela al seno de lo eterno como plegaria bendecida.

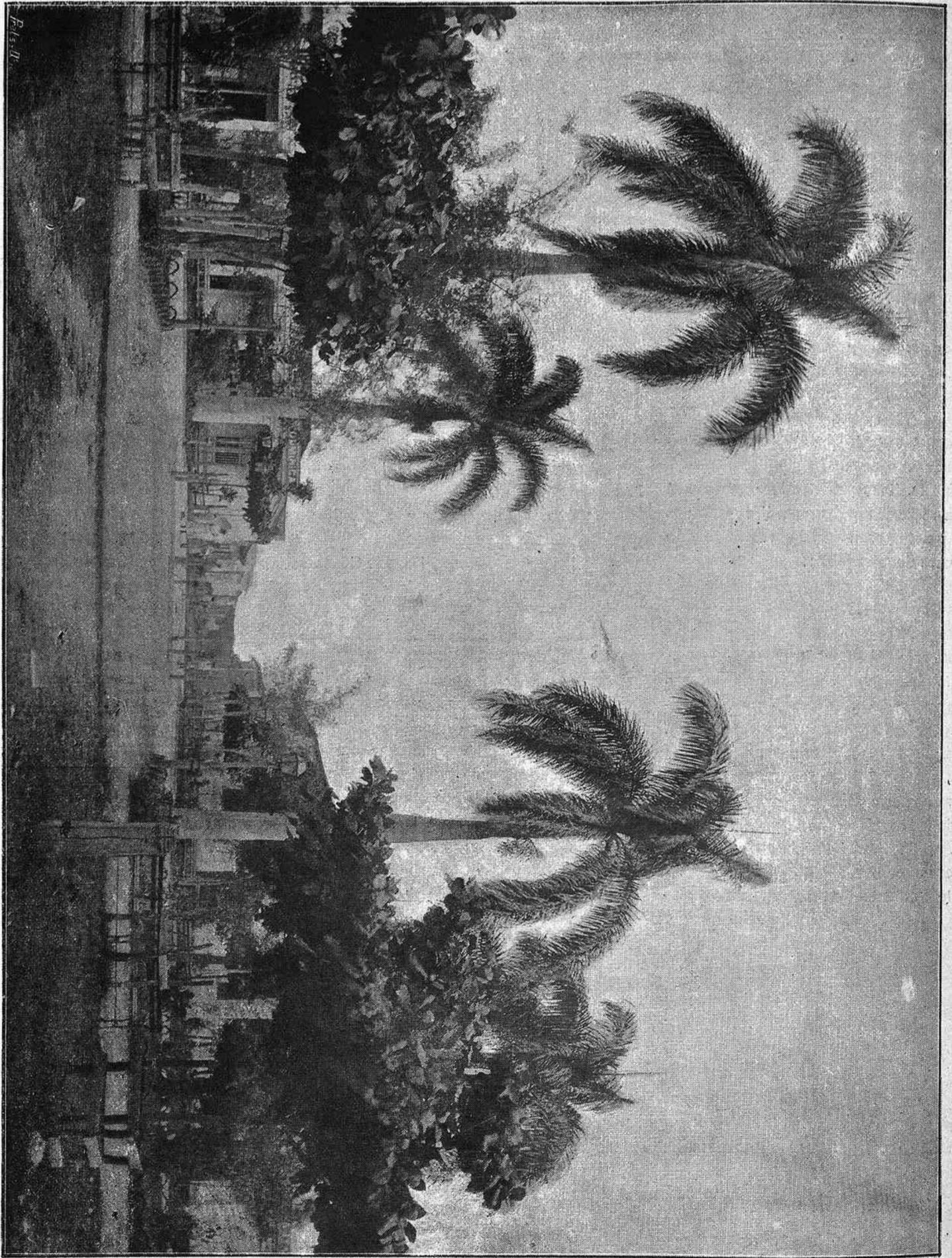


Casa Ayuntamiento de Manzanillo.

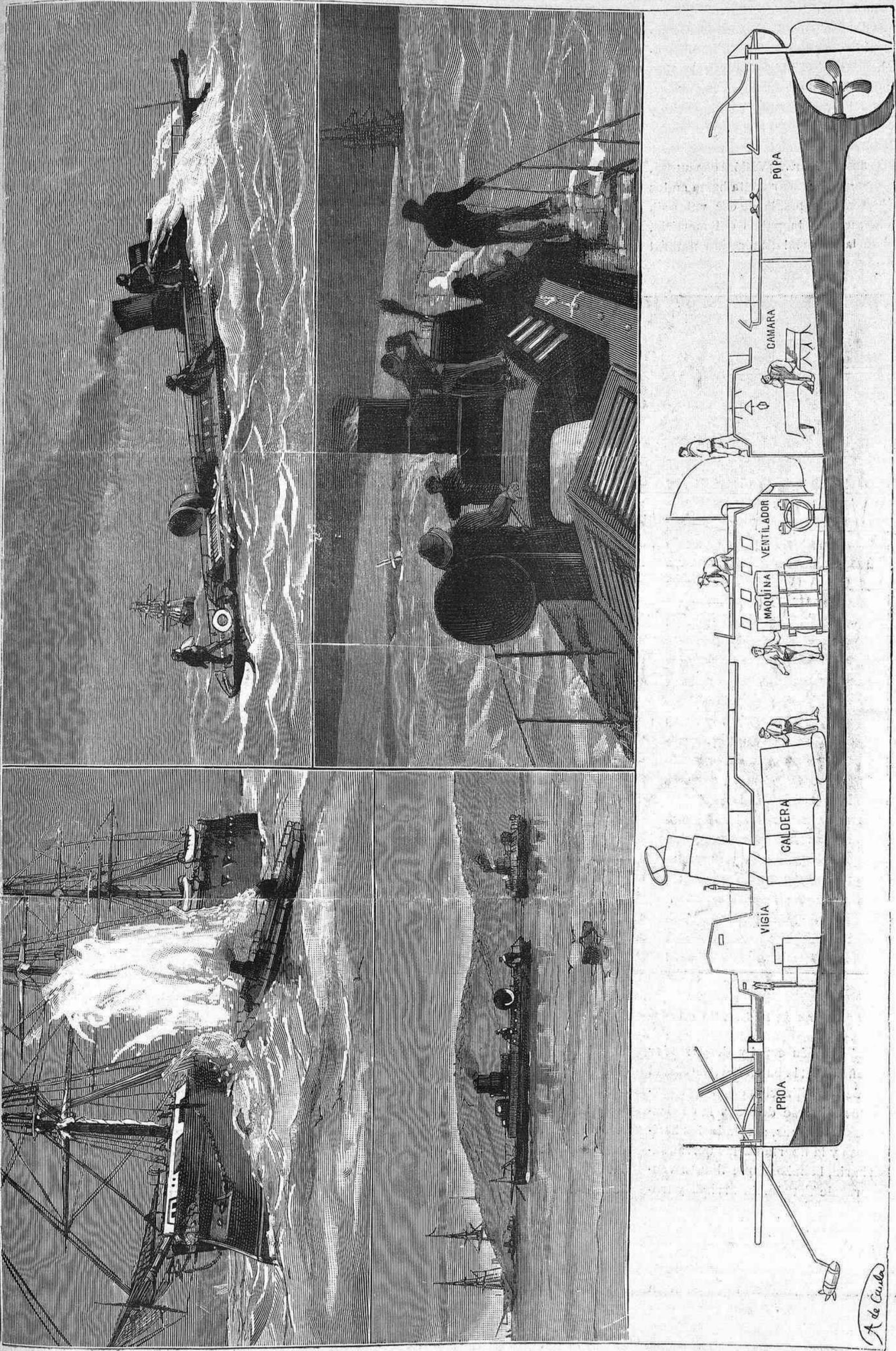


Calle de la Concepción y vista del puerto de Zaragoza, en Manzanillo.

INSTITUCION LITOGRAFICA MADRID BIBLIOTECA



ISLA DE CUBA—Plaza de Armas de Manzanillo. (De fotografía de Gómez Carreira.)



MARINA DE GUERRA.—Barcos torpedos



Y luego la capitulación, ese cuadro de tonalidad sombría, saliendo del fondo negro de nuestras desventuras para estremecernos de dolor y de ira, los hijos de esta heroica nación desfilando en fúnebre comitiva de caquécicos y hambrientos, carne de hospital sostenida sólo por el hálito del patriotismo, obligados á entregar las armas, las compañeras del combate rudo, con lágrimas y besos los unos como Francisco I, los otros, quizá, haciéndolas pedazos con furioso desprecio como Vircingentorix ante César... ¡Visión espantosa, que no puede menos de causar mella hasta en los más embotados sentimientos, la de ese valor sin fortuna, que no merecía la palma del martirio, sino el laurel de la victoria! El término natural

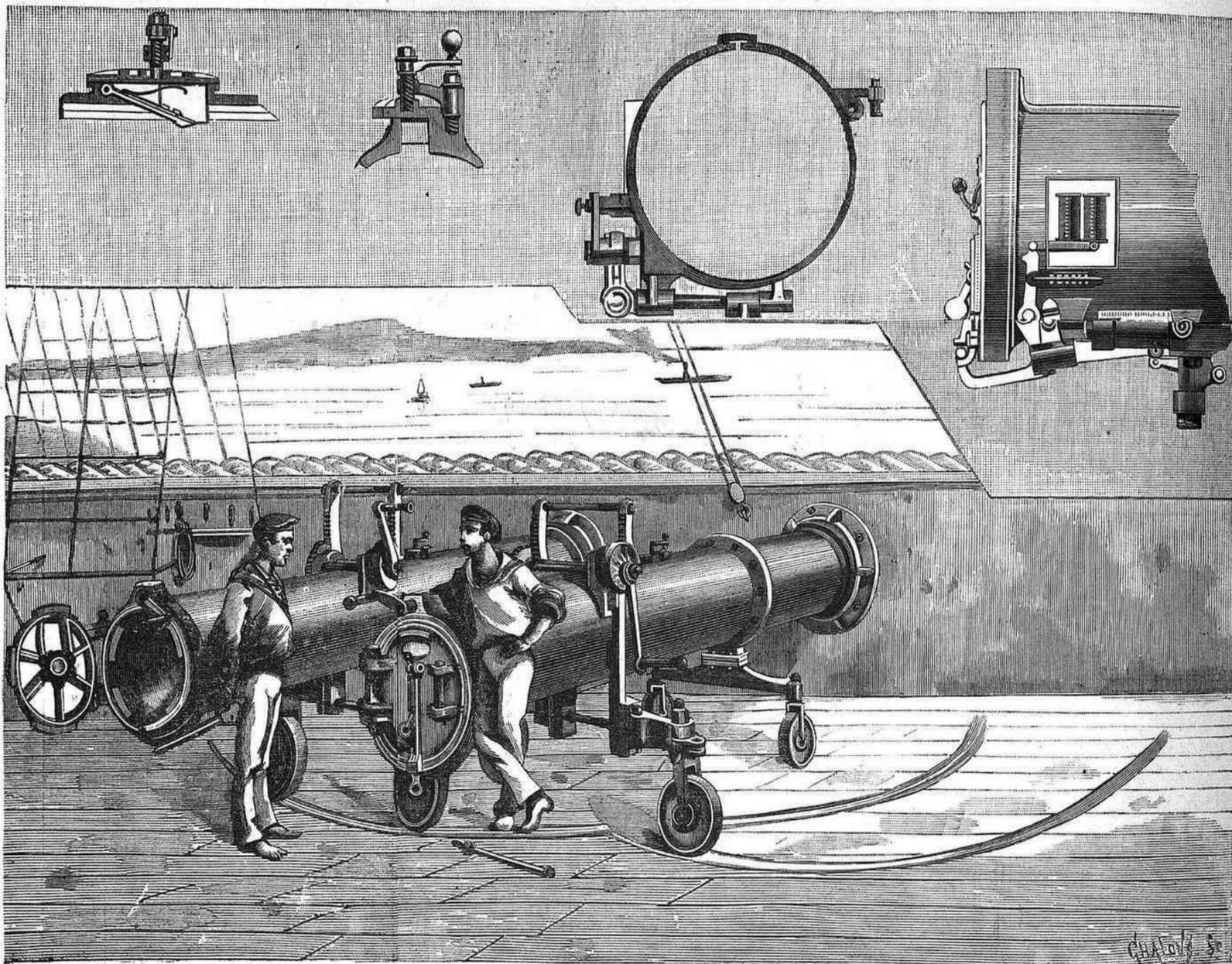
fieros ante el peligro, prudentes en el consejo, incansables en los más arduos empeños; espíritus superiores alentados por la fe y dispuestos á todas las vicisitudes y abnegaciones.

Esta campaña de reconstitución del espíritu nacional exige una atención perseverante para corregir todos los vicios y corruptelas que han debilitado el carácter, interrumpiendo los gloriosos destinos de esta raza, cuya misión no ha terminado, como aseguran nuestros implacables enemigos; y si seguimos con tesón esta labor reconstituyente sin reparar en sacrificios ni en obstáculos, aun puede la generación que alborea ver restañadas las heridas de esta guerra inicua y continuar la gigantesca epopeya de la reconquista,

manejados á mano, *fijos ó fondeados y automáticos*.

Estos últimos son los más potentes, complicados y de manejo más difícil, pero los que más se emplean en la guerra marítima, porque pueden llevarse á bordo de los buques y ser lanzados contra el enemigo en el momento oportuno.

Los primeros, ó sean los portátiles, consistían anteriormente en un petardo muy grueso y fuerte colocado en la extremidad de una percha de gran longitud, que es llevada horizontalmente en la proa de un bote ó embarcación ligera que procura, en rápida marcha, acercarse al buque enemigo, haciendo chocar contra él el fulminante de que va provisto el explosivo del petardo y huir



Tubos lanzatorpedos á bordo de los buques de guerra.

de la tragedia fué también cruel y desgarrador para nuestro españolismo; la bandera española, el portaestandarte de la civilización en el continente americano, que redimiese de todas las obscuridades á las tribus indígenas, abriendo los horizontes del progreso y la libertad á las tierras sumidas en la barbarie, la misma que flotaba vencedora en los muros de Tetuán, fué arriada y trocado el emblema de nuestro poderío en míseros girones de descolorida percalina.

.....
Generación que alboreas ante tan negros horizontes, á ti te corresponde, ó acabar de hundir en el abismo hasta el recuerdo de esta Patria que parece precipitarse al soplo de maldición divina, ó redimirla de las presentes desdichas, aprestándote á un combate rudo y penoso para reconstituir aquel heroico espíritu de nuestros mayores,

cumpliendo su misión civilizadora y buscando compensaciones á los territorios que nos arrebatan los yankees, no en buena lid, sino merced á infames y vergonzosas confabulaciones. Allá, al otro lado del Estrecho, está el camino glorioso seguido por un ejército español, la tierra prometida, el aliento de nuestros esfuerzos y el empuje de nuestros brazos.

P. ZANCADA Y RUATA.

LOS TORPEDOS

El torpedo es un proyectil submarino que, estando al impulso de substancias explosivas de gran potencia, puede destrozar un acorazado.

Se dividen en tres clases, á saber: *portátiles ó*

luego con la mayor velocidad posible, lo que no siempre lograba antes de la explosión, y sucedía que muchas veces eran víctimas de ella tanto los agresores como los agredidos. Esta clase de torpedos ha caído muy en desuso; pero aun no se ha renunciado á ellos totalmente por lo exiguo de su coste, comparados con los últimamente inventados.

Los torpedos fondeados ó fijos son aparatos formados con gruesas planchas de hierro, cuyo interior lleva una fuerte carga de algodón pólvora con su correspondiente espoleta. Por medio de un ancla ó un peso suficiente y de una fuerte boya de madera, situada respectivamente en las extremidades superior é inferior de una cadena de que está provisto el torpedo, éste se sostiene fijo entre dos aguas á una profundidad determinada por la naturaleza del paraje en que se colocan, pero

nunca más bajo que el calado de los barcos cuyo paso se intenta estorbar, y ya por el choque de éstos sobre aquél, ó por medio de alambres eléctricos, se produce la explosión, fortuita en el primer caso y voluntaria en el segundo, desde una estación situada en tierra.

El torpedo automóvil es un verdadero proyectil que se lanza de buque á buque por medio de un tubo especial cargado con aire comprimido; pero como su fuerza inicial es relativamente escasa, va provisto de una máquina propulsora que funciona automáticamente, también por medio del aire comprimido, y que la hace recorrer la distancia que separa á los buques combatientes con extraordinaria rapidez y suficiente impulso para que, al chocar su espoleta con el casco del buque enemigo, se inflame la carga y se produzca la explosión.

El torpedo más generalmente empleado es el del sistema *Whitehead*; su figura es la de un cigarro puro cuyas extremidades fuesen muy agudas, y la proporción de su grueso con su longitud es la de una undécima parte, puesto que mide generalmente cinco metros de eslora por 0,45 de manga y puntal.

El coste de estos torpedos, á causa de lo delicado de sus máquinas, es verdaderamente excesivo, pues oscila entre 6 y 8.000 pesetas.

El torpedo de que nos ocupamos lleva en la parte extrema de la proa un percutor compuesto de cinco púas, que es la cabeza de la espoleta, y en la de popa dos planos verticales y dos horizontales, los cuales, según la posición que automáticamente toman, hacen inclinar la dirección de la proa del torpedo hacia arriba ó hacia abajo, fijando así la línea de su marcha.

Una máquina movida por el aire comprimido, almacenado en una cámara especial, imprime á las hélices su movimiento de rotación; otro mecanismo, también automático, regido por un aparato de relojería, abriendo una válvula en un momento dado, sirve para que se llene rápidamente de agua una cámara especial destinada á este objeto para que el torpedo, con el peso de aquélla, se vaya á fondo y no pueda ser recogido por el enemigo, en caso de que no chocase con los barcos á que fuese dirigido.

Por último, en la parte de proa va la carga, compuesta de algodón pólvora, fuertemente comprimido y húmedo, cuyos bloques están atravesados por una espoleta de algodón pólvora seco y provista de fulminante, que estalla al choque de éste contra cualquier cuerpo duro.

En realidad, la eficacia de los torpedos automóviles es muy discutible, pues por mucha que sea la competencia de los oficiales que dirijan la operación del lanzamiento, son infinitos los proyectiles que se pierden sin realizar el objetivo destructor.

En las páginas 313 y 314 ofrecemos á nuestros lectores la vista de algunos grabados relacionados con los torpedos.

RESEÑA HISTORICA DE LA GUARDIA CIVIL

POR EL CORONEL DEL CUERPO

D. EUGENIO DE LA IGLESIA

(Continuación.)

La muerte de Góngora, muy querido de sus jefes y subordinados, dió nuevo aliento á los guardias, deseosos de vengarla, pero esto no llegó á suceder; acosados los Hierros y sin esperanza ya de salvación, gestionaron su indulto, que les fue concedido.

De gran importancia fueron también los servicios prestados en 1855 en Aragón (6.º tercio) contra las partidas carlistas levantadas en aquel distrito. Componían una de éstas dos escuadrones sublevados del regimiento de caballería de Bailén y el de cazadores de Aragón, y contra ella marchó el capitán general con una fuerte columna de la milicia nacional de Zaragoza y doce Guardias civiles al mando del teniente Moreno.

Poco es lo que podía esperarse de la fuerza de la milicia. Falta de disciplina, hubiera sido derrotada y tal vez hecho prisionero el mismo general, á no haber sido por aquel puñado de valerosos guardias que recibieron serenos la primera carga de los escuadrones sublevados, y dispersados fácilmente los nacionales, se parapetaron en un co-

rral de la Almunia, donde el hecho tuvo lugar, sosteniendo un nutrido fuego con los rebeldes hasta ponerlos en fuga. Allí perdió su caballo el teniente Moreno; y la Guardia civil, mirada con desconfianza y prevención en Zaragoza, desde el triunfo de la revolución, como en todas las grandes capitales sucedía, fué recibida á su regreso con frenéticos vítores y aclamaciones.

Puede decirse que á la fuerza del Cuerpo debió entonces Aragón el restablecimiento del orden. Las pequeñas columnas que de ella se formaron, la rapidez y el acierto en sus operaciones por el especial conocimiento del terreno y decidido arrojamiento de los individuos que las formaban, contribuyeron poderosamente, en efecto, á que en brevísimo tiempo aquellas provincias quedaran completamente tranquilas.

En Extremadura mientras tanto el comandante de la provincia de Badajoz, D. Juan Carnicero, posteriormente general distinguido, prestó eminentes servicios devolviendo la tranquilidad al país, bastante agitado después del movimiento insurreccional del 54, logrando con su especial tacto y prudencia hacer compatible la misión moralizadora y de orden de la Guardia civil con la existencia de la milicia nacional.

Ya no se sostenía el bandolerismo con carácter permanente como en pasados tiempos; pero no dejaban de vez en cuando de levantarse partidas, que la Guardia civil había de encargarse de destruir. El sargento Juan Alcaide, de la provincia de Ciudad Real (primer tercio) dió alcance en 1856 á una de éstas que se había apoderado del rico propietario y diputado D. José Enríquez, al que exigía una gruesa suma por su rescate. El sargento, con los guardias á sus órdenes, atacó á los bandoleros, y dando muerte al jefe, apodado *Alma negra*, rescató al secuestrado y deshizo la partida, que ya no volvió á reunirse.

III

Crefanse los guardias poco menos que invencibles. Así se comprende que una sola pareja atacase y dispersase en el año anteriormente citado á una partida de más de treinta contrabandistas. Ocurrió el hecho en la provincia de Málaga. Los



El presidio de la Habana,



contrabandistas, á la voz "alto á la Guardia civil," del comandante de pareja, contestaron con la de *á ellos, que no son más que dos*; pero los guardias, sin arredrarse, disparan sus armas, y matando á uno de sus contrarios é hiriendo á otro, atacan á la bayoneta á los restantes, poniéndolos en precipitada fuga y apoderándose de tres de las cargas que llevaban.

Hecho análogo, que casi alcanza las proporciones de una verdadera acción de guerra, fué el del cabo Pedro Usera en 1857 en la provincia de Huesca. Acompañado de cinco guardias atacó á una partida de 40 á 50 contrabandistas, apoderándose de 19 cargas. Marchaba con ellas en dirección al

Macías, y, sobre todo, la represión del movimiento socialista iniciado en Utrera y terminado en el Arahál, á la cual contribuyó la Guardia civil en primer término, son de los servicios más notables realizados por la fuerza del Cuerpo (tercer tercio) en las provincias andaluzas.

IV

Por aquella época (1859) prestaron uno de gran importancia algunos jóvenes de la compañía de Valdemoro. Habíase hecho un robo de 30.000 duros á la empresa del canal de Lozoya en las inmediaciones de Torrelaguna; y con noticia de hallarse

ros rescatados procedentes del robo de Torrelaguna, fueron los resultados de este servicio, que valió á los jóvenes Fernández y Franco la cruz de María Isabel Luisa pensionada con 7,50 pesetas mensuales.

V

El robo que el celo y actividad del teniente don Guillermo Bacicher, años después fallecido de coronel del Cuerpo, fueron parte á frustrar en Salvatierra de los Barros (Extremadura), constituye uno de los episodios más dignos de figurar en la historia de la Institución.



Un servicio humanitario. (Copia del cuadro de V. Silvestre.)

pueblo de Corrales, cuando los contrabandistas, avergonzados sin duda de haber cedido á tan corto número de hombres, trataron de rescatarlas; pero Usera, encadenando rápidamente al uso militar las 19 caballerías y dejándolas al cuidado de un solo individuo, rompió con los restantes un nutrido fuego que sostuvo por espacio de dos horas, hasta que incorporados otros cinco guardias del puesto de Anzanigo se lanzó á la bayoneta poniendo á los contrabandistas en completa dispersión. La cruz pensionada de San Fernando para el cabo, la sencilla de la misma orden para el guardia Francisco López, y ocho de María Isabel Luisa para otros tantos individuos fueron justas recompensas por tan distinguida acción.

La destrucción de las partidas del *Peluquero* (1856), la del *Varguitas* (1857), la de Francisco

los ladrones en Seseña, pueblo situado á 14 kilómetros de Valdemoro, se presentó en éste al comandante de la compañía, Sr. García Aguado, en la noche del 19 de Diciembre, el subteniente del primer tercio D. Manuel de la Huerta reclamando el auxilio de la fuerza. Facilitóle aquél en el acto al sargento primero con dos guardias y cuatro jóvenes mayores de diez y seis años, con los cuales el oficial citado se trasladó sin pérdida de tiempo á Seseña. El éxito no pudo ser más completo ni satisfactorio. Aunque sorprendidos los criminales, intentaron la defensa, pero muerto uno por el guardia joven Agustín Fernández Andrés y mal herido otro por el de igual clase Romualdo Franco Ortega, los restantes no tuvieron más remedio que entregarse. Cuatro escopetas, un retaco, un revólver, una pistola y tres puñales con 15.000 du-

Era en 1861 y mandaba la provincia de Badajoz el comandante D. José de la Iglesia, jefe de relevantes condiciones que más tarde había de poner de manifiesto al frente del 14.º tercio en el azaroso año de 1873. La actividad que para todos los servicios del Cuerpo se desplegaba en la provincia era extraordinaria, rivalizando los comandantes de línea entre sí y los de puesto, cada cual dentro de sus respectivas demarcaciones, para mantenerla limpia de criminales y gentes de mal vivir. Bacicher, jefe de la línea de Jerez de los Caballeros, á quien nada se ocultaba por el prestigio que en la comarca había logrado conquistarse y confianza que inspiraba, tuvo noticia de que se proyectaba robar la casa de un rico propietario en Salvatierra de los Barros.

Un licenciado de presidio, hombre de malos an-

tecedentes, anotado en el libro de sospechosos, y como tal, vigilado muy de cerca por la Guardia civil, puso inconscientemente á Bacicher sobre la pista de los ladrones. El mismo Bacicher logró asistir oculto á alguna de las varias conferencias que éstos celebraron, enterándose de tal modo y con tal minuciosidad de todos los detalles del proyecto, que cuando en la tempestuosa noche del 23 de Mayo ocho bandidos penetraron por un boquete abierto en el tejado en la casa que pretendían robar, encontraron en ella al oficial citado con cuatro guardias. A la voz de "alto á la Guardia civil," empeñóse un combate que no pudo menos de ser corto. Ni uno solo de los ladrones escapó. Tres quedaron muertos, cuatro heridos y uno pre-

del *hecho heroico* — así fué calificado — de Salvatierra de los Barros (1).

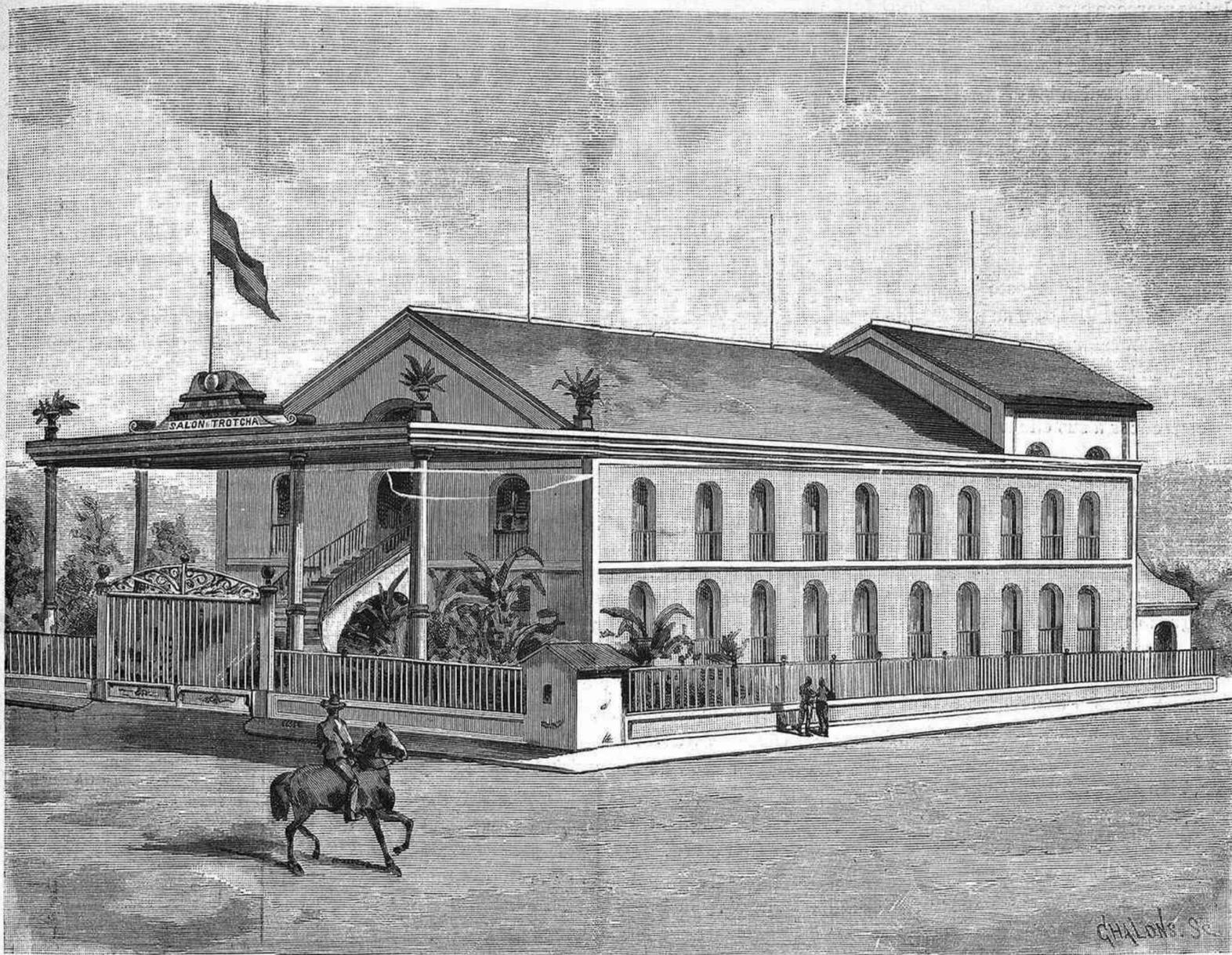
VI

¿Vamos á seguir relatando servicios? Imposible. Excederían en mucho estas páginas de los estrechos límites que nos hemos impuesto.

Confórmense, pues, nuestros lectores, si alcanzamos la fortuna de tenerlos, con leer el siguiente juicio que á los extraños merecía nuestra Guardia civil en la primera parte del período que nos ocupa.

Habla el *Journal de la Gendarmerie* correspondiente al 11 de Junio de 1856, comparando los

enteramente nueva para los habitantes de aquella nación. Entre nosotros, podemos decirlo con un sentimiento de íntima satisfacción, no tenemos que deplorar faltas de alta gravedad, y á excepción, y en muy raras ocasiones, de algunos actos brutales cometidos en casos dados, nuestras costumbres no admiten ya el robo á mano armada ni asesinos organizados; los bandidos no existen ya en Francia ni en Córcega; pero en el país de Gil Blas y de Roque Guinart hay aún bandas de ladrones; en la Patria de Cabrera y Merino hay guerrilleros, rebeldes, facciosos, malhechores célebres, y, por consecuencia, combates y peligros imprevistos que correr por la Guardia civil. Aquí el servicio de la Gendarmerie es activo y múlti-



HABANA.—Salón teatro «Trotcha».

so. Dos que habían permanecido vigilando el exterior de la casa cayeron en poder de una pareja oculta en las inmediaciones con orden de no salir mientras no oyese el ruido de los disparos.

Bacicher recibió una puñalada en el brazo derecho. Era el jefe de la partida hombre de gran serenidad, y á la voz de "alto," en que uno de los guardias descubrió una linterna sorda que llevaba á prevención, se arrojó sobre aquél cuchillo en mano, no logrando Bacicher por el momento otra cosa que evitar el golpe con el brazo derecho y separar á su contrario merced á una fuerte patada en el bajo vientre, tiempo que le bastó para coger el revólver con la mano izquierda de su derecha inerte y de un certero disparo tender muerto á sus pies al bandolero. Tres de los guardias resultaron contusos.

Tan brillante servicio coronó por entonces la reputación de que ya disfrutaba la Guardia civil de Badajoz, y durante algún tiempo sólo se habló

servicios de aquel cuerpo con los de la Guardia civil, según el estado general de los prestados por ésta en el año anterior.

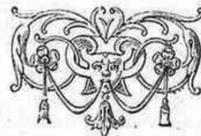
"No nos detendríamos á enumerarlos, dice, si no se tratase más que de examinar una triste relación de faltas, de crímenes y delitos que pesan sobre la humanidad; pero resulta de este examen una observación muy interesante que nos conduce á apreciar el estado relativo de las costumbres entre las dos naciones y de juzgar comparativamente los progresos de la civilización entre las clases inferiores de uno y otro país, resultado que da una idea del penoso servicio y exquisito celo con que la Guardia civil tiene que prestarlo para proporcionar la seguridad de los caminos, seguridad poco conocida antes de crearse este Cuerpo y

ple; se complica con cuidados de toda naturaleza con obligaciones varias; es penoso, sin duda; pero afortunadamente todos sus incidentes están previstos y el peligro en él es una excepción. Allí, al contrario, se necesita doble dosis de precaución para no ser sorprendidos; el peligro es la regla. Lo que sí guarda perfecta igualdad en ambos países es el entusiasmo, el celo, el amor al servicio y al exacto cumplimiento del deber," (1).

(Continuará.)

(1) De *Las Instituciones de seguridad pública en España y sus dominios de Ultramar*, por el brigadier D. Crispín Ximénez de Sandoval.

(1) El autor, oficial á la sazón del regimiento infantería de Africa, de guarnición en Badajoz, tuvo ocasión de conocer interesantes detalles por el mismo proceso instruido militarmente contra los *bandidos de Salvatierra*.



HABLADURÍAS

Siempre fué el de Julio mes levantisco.

La batalla de las Navas y la de Bailén, el combate en las calles de Madrid entre la guardia y los milicianos, el cólera, la degollación de los frailes, la revolución de 1854, la contrarrevolución de 1856, la última catástrofe de nuestra escuadra en aguas de Cuba y la rendición de Santiago y...

Todos estos acontecimientos, acaecidos en Julio, le hacen memorable para nosotros.

Los franceses registran en la historia de su nación sinnúmero de acontecimientos importantes también en el mes de Julio.

Entre los Julios merecen especial mención Julio César Augusto, Julio Ruíz y otros Julios no tan populares.

En Agosto también abundan las efemérides dignas de recuerdo para los españoles.

La batalla de San Quintín y la derrota de las escuadras unidas de Francia y del Prior de Ocrató, á la altura de las Terceras, por D. Alvaro de Bazán, con naves españolas.

¡Qué tiempos aquellos!

En estos meses de Julio y Agosto "hierva la sangre", como decía el cirujano de un pueblecillo de Castilla para recomendar las sangrías al vecindario y el pago de las sangrías.

Y explicaba un curso de higiene y otro de "técnica", á fin de convencer á sus clientes de la bondad de las teorías.

—Es preciso sangrar — declamaba — sangrar mucho y bien; la plétora de sangre es una sentencia de muerte. Hay miserables á quienes espanta la idea de la pérdida de sangre... ¡Cobardes! Sangre, sangre y nada más; la sangría es la vida.

El doctor Sangredo era niño de teta comparado con el cirujano cuyo recuerdo evoco; pero él nunca se había sangrado.

Ello es que en estos meses de temperatura elevada las gentes son más expansivas en las manifestaciones de su sentir.

Los hombres, bien sean de gobierno ó bien de edad y de poder, se rejuvenecen con el calor.

Las personas no "atemperadas", por la educación de sus mayores se desbocan en verano — escribiendo en sentido metafórico — con más facilidad que en estación de invierno.

Afortunadamente el pueblo español no sale de su paso tan fácilmente; no se desboca aunque le espoleen ó le espolien.

Está perfectamente simbolizado por aquel maestro de escuela que pintó en *¡Eh, á la Plaza!* Pina Domínguez.

—¿Que perdemos una escuadra?... ¿Y qué?

—¿Que perdemos otra? Como si no.

—¿Que perdemos las colonias? Bueno ¿y á mí qué?

—¿Que viene Watson? Como si viniera la Patti.

Pero que anuncian una corrida de toros extraordinaria, con carrozas y guardia amarilla "tan histórica", según decía un concejal de mi distrito, y verán ustedes si se llena la plaza del ramo — de toros, no de concejales — aunque pongan los billetes á veinticinco pesetas en oro y viejo.

Cada pueblo responde á sus aficiones favoritas.

En Inglaterra, y particularmente en Londres, un *jockey* es un animal eminente y le pagan bien por lujo.

Hay aficionados que pasan la vida en un relincho.

Como en nuestros compatriotas algunos viven mugiendo, felices, hasta que "tiran el último derrote".

Vida alegre y muerte triste.

—Divirtámonos y perezcan nuestras familias — como decía un beodo á un compañero, ya en el paroxismo de la *tajada* — *passsez moi la tajé.*

En algunas provincias han suspendido los festejos con que anualmente solían celebrar al santo patrono, supongamos.

En otras no han perdonado hasta ahora ni una novillada.

Se anuncian ferias y fiestas en diversas capitales.

Hay también quien aguarda funciones no anunciadas por carteles.

Cada cual es dueño de pensar y de aguardar lo que le acomode.

—España tiene un pasado glorioso — me aseguraba un personaje político.

—Dirá usted que tuvo, puesto que ya pasó.

—Y un porvenir.

—No hablemos del porvenir, porque si le tuviera no sería porvenir, sino presente.

—Necesita paz y...

—Y caridad.

—Y orden.

—¿Aun más orden? Ya sabrá usted, aunque probablemente no, que el orden de los factores no altera...

—¿No altera al Gobierno?

—Eso es.

Y pensé:

—Premio de aritmética, Joaquinito Rodajas.

—Tranquilidad — reanudó Joaquinito — que el Gobierno pueda obrar libremente, ayudado por los hombres de valer...

—Si le ayudan, no obra solo y naturalmente.

—Apoyándose en la opinión.

El programa, con arreglo á formulario, de todos los aspirantes á ministro y de los pretendientes de diputado y aun de los meritorios de concejal.

¿Ideas nuevas? Nunca.

¿La regeneración de la patria? Ya no hay patria, Teudía amigo.

¡Virilidad salvaje la de nuestros antepasados! ¡Exclusivismo cerril!

Ellos creían que la patria era su religión, su familia, su honra y la de sus hijos.

Algunos creyeron que todo el mundo era patria y aun explotaron la parte de patria que pudieron explotar.

¿Regenerar la patria por la cultura, por la moralidad?

¿Para qué? ¿Y quién se mete en eso?

Todo el mundo es patria ó todo el mundo es amor.

Esto es más modernista.

Triunfan los estetas.

—¡Buen porvenir para las clases pasivas! — como decía un cómico al enterarse de la quiebra de su empresario.

EDUARDO DE PALACIO.

AL MAR

ODA... Ó LO QUE SALGA

Pues, señor, es preciso, indispensable, escribir algo serio, algo notable. Esos versos festivos y ligeros, sin importancia, insustanciales, huecos, son baldón de la dulce poesía.

¡Habrás que *comprimirse*, caballeros!
¡Nada de ligerezas! ¡Tontería!
Aquí se necesita — está probado — en vez de ser ligero, ser pesado.
Lo he decidido ya. Nada me inquieta.
Mi inspiración á chorros se desata...
¡Hoy me siento poeta!
No sé si acaso meteré la pata; posible es que la meta; pero, en fin, por probarlo que no quede.
Ya veremos después lo que sucede.
Aquí para brillar y darse tono es preciso entonarse, y yo me entono.
«¡Oh mar! ¡Soberbio mar! Sobre la espuma de tus rugientes olas, que el embate sufren inmuebles de la densa bruma...»
Ya se me fué la pluma y acabo de decir un disparate.
Esto no vale nada.
Volvamos á empezar. Es lo prudente.
¡Ven en mi ayuda, inspiración sagrada!...
Ya la siento venir... Ya arde mi frente...
Lo que es ahora sí que ya no dudo.
«¡Oh mar! ¡Soberbio mar! ¡Oh mar hirviente! ¡Oh proceloso mar! ¡Yo te saludo!»
Así, perfectamente.
Me ha salido muy bien, ¡pues ya lo creo!
Ya sé que al mar le tiene sin cuidado que le salute ó no, pero deseo que vea el mar que estoy bien educado.
No quita lo cortés á lo inspirado.
«¡Yo te saludo, oh mar! ¡Y no te temo!...»
«No te te...» No está bien en poesía cometer tan atroz cacofonía.
Conocer los defectos ya es bastante.
Borraremos el verso, y adelante.
«No con temor, con amoroso anhelo, veo ¡oh mar! que se elevan orgullosas hasta tocar en el azul del cielo tus ingentes montañas espumosas...»
El adjetivo *ingentes*, por no estar al alcance de las gentes, es aquí de un efecto extraordinario.
Las palabras vulgares y corrientes no son en estas odas convenientes.
¡Para algo ha de servir el diccionario!
«Humilla tu altivez ¡oh mar! que inmolas con loco orgullo tu pasión vencida...»
Estos dos versos, aunque algunos crean que son dos ripios... puede que lo sean.
«Humilla tu altivez ¡oh mar! que inmolas con loco orgullo tu pasión vencida; que al morir en la playa son tus olas imagen verdadera de la vida.»
Me gusta este cuarteto. Es muy bonito.
¿Qué hay dos ripios decís? ¡Pues no los quito!
Bien disculpa dos ripios — ¡poca cosa! — el decir una idea tan hermosa.
Yo, la verdad, con nadie apostaría á que la idea es mía; mas sea de quien sea, la originalidad en poesía está en el modo de expresar la idea.
Sobre estas dudas, pues, hagamos punto y vayamos al fondo del asunto.
«Guardas ¡oh mar! en tu profundo seno, como guarda el avaro su tesoro, revueltos en el cieno, perlas, corales y lingotes de oro...»
¡Qué atrocidad! No sé lo que me digo.
¡Oro en lingotes en el mar profundo!
Puede ser que lo encuentren junto á Vigo, del cargamento aquel del Nuevo Mundo; ¡en otra parte, no!... ¡La dulce lira me ha obligado á decir una mentira!
(Mentira disculpable en un poeta, pues mienten todos más que la *Gaceta*).
«Guardas ¡oh mar! en tu profundo seno...»
¡Cualquiera sabe lo que habrá en su fondo! Pero yo he de insistir en mi manía...
«Guardas ¡oh mar! en tu profundo...» ¡Bueno! Que guarde lo que quiera. No respondo de no decir alguna tontería.
«De tu insondable abismo en lo más hondo, de tus frias entrañas en el centro, guardas, ¡oh mar!...» Quisiera decir algo, y, nada, no lo encuentro.
Me he metido en el fondo y ya no salgo.
Media hora hace ya que me chapuzo.
Yo no soy un poeta, ¡soy un buzo!
¡Vaya el mar al demonio! Estoy cansado.
No sirvo para el caso, ya lo veo.
Con tanto «¡oh mar! ¡oh mar!» como he soltado estoy completamente mareado.
Cuelgo la lira, y vóyme de paseo á ver si se me quita este mareo...

VITAL AZA.

EL MACULLILLO EN LA UNIVERSIDAD
Y LA NOVATADA EN LOS COLEGIOS MILITARES

(Continuación.)

Sin embargo, el capellán no me abandonó; fui su discípulo, y gracias á sus desvelos aun no tenía diez años cuando ya era capaz de ayudarlo á celebrar los oficios divinos. A pesar de la protección del excelente capellán, á quien amo como á un padre, no era feliz, porque triste y sufrido por naturaleza, fui el juguete de los palafreneros y los lacayos que me llamaban el gitanillo, agobiándome con sarcasmos y desprecios á causa, sin duda, de mi nacimiento. Si sólo hubiese sido esto, ¡anda con Dios! Pero de las injurias pasaron á los malos tratamientos, y todos los días inventaban para mí nuevas burlas. Unas veces sostenían una mantilla de caballo por las cuatro puntas, me tendían encima y me tiraban al aire, á riesgo de romperme los riñones; otras me colgaban de las paredes con una cuerda por debajo de los brazos y me dejaban así horas enteras. Me quejé al capellán; pero de nada sirvió su intercesión, porque, para complemento de desgracia, el hijo del señor del castillo se había divertido mucho al verme la víspera colgado de los brazos á diez pies de altura. Mi protector no halló, por consiguiente, para sustraerme á semejante tiranía, otro medio que el de alejarme, y me envía á Sevilla, dejándolo yo con gran sentimiento, porque lo es todo para mí, y no he conocido otro padre ni otra madre que él.

—¡Pobre Antonio!—exclamó Pepe enteramente conmovido.

—Ahora es necesario que te explique porqué he temblado cuando me hablaste del maculillo. Consiste en que al despedirme me dijo el capellán lo que es, y creo que voy á sufrir los mismos ó parecidos suplicios que antes.

—¿No tienes dinero para pagar tu bienvenida?

—No, porque el digno protector que Dios me ha dado ha distribuido sus cortas rentas entre los pobres; si hubiese pagado mi maculillo una familia entera padecería hambre y yo no he querido. ¡Oh! y, sin embargo, tengo mucho miedo al maculillo.

—No te lo darán—exclamó Pepe sacando con precipitación de su escarcela tres ducados; esto lo evitará.

—¿Pero y tú?—preguntó Antonio.

—¡Oh! yo—contestó Pepe con resolución—sufriré por ti el maculillo, porque soy fuerte, y porque... qué diablos, no me matarán.

—Acepto—exclamó Antonio apoderándose con avidez de los tres ducados; pero no olvides lo que voy á decirte, Pepe; con este noble sacrificio acabas de adquirir un derecho sobre mi vida y la daré por ti si es preciso, porque, créelo, aunque tengo miedo al maculillo, no soy un cobarde. Hermano, añadió con los ojos húmedos y tendiendo la mano á su amigo, entrégate al descanso; yo voy á dar gracias á Dios que me envía un amigo cuando acabo de perder un padre; voy á pedirle que cierre mi corazón á la ingratitud y que vele sobre ti.

Cayó de rodillas, y Pepe, enternecido, lo imitó, siendo su oración larga y fervorosa.

(Continuará.)

EL CONDE DE FABRAQUER.



SITIADO POR HAMBRE

(Dos hablando en la calle. Uno muy delgado, delgadísimo y andrajoso.)

—Esos sitios causan daños...
¡Yo lo conozco bastante,
desde que quedé cesante!...
¡Y ya va para diez años!

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

NI FU NI FA, versos de Vital Aza.— Colección Elzevir ilustrada, volumen décimoquinto, Barcelona, 1898.

Al dar cuenta de la aparición de un libro nuevo es muletilla obligada, de algún tiempo á la fecha, decir algo por este estilo: "Las tristezas y desgracias que afligen á nuestra Patria no son las más á propósito para deleitarse con la lectura de novelas, poesías... y, francamente, disentimos por completo de tal afirmación; antes bien, entendemos que si siempre son recomendables los buenos libros de recreo, lo son doblemente ahora.

Santo y bueno es que lloremos á los mártires de la Patria y que dediquemos preferente atención á los graves problemas que afectan al presente y porvenir de España; mas como la vida reviste múltiples aspectos, y como para realizar mejor los fines de la vida necesitamos de toda nuestra energía, ningún reactivo mejor para recobrar la que nos hacen perder las pasiones deprimentes que solazar el espíritu con lecturas agradables.

Las poesías de Vital Aza, por su asunto son tan variadas, y por la gracia y sal con que están escritas son tan sabrosas, que bien podemos felicitar á la librería Gili por habernos dado en el presente momento panacea de tal naturaleza.

Pudiera creerse, á juzgar por el título que Vital Aza ha dado á esta colección de composiciones, que su autor las tiene en poca estima, como cosa

baladí y de poca substancia; más no hay tal cosa, pues según ha descubierto el ingenioso revistero cómico de *El Liberal*, Felipe Pérez, *Ni fu ni fa* quiere decir:

*Ni fuerza cómica igual
ni facilidad mayor.*

En efecto; vean nuestros lectores si puede hacerse algo con más *vis cómica* y con mayor facilidad en la versificación que la poesía *Al mar*, inserta en otro lugar de este número, tomada al azar de entre las muchas que contiene el tomo.

Para que el libro sea completo cada composición va ilustrada con un par de grabados del distinguido dibujante Gili y Roig y que son tan notables como las poesías.

BIBLIÓFILO.

LOS GRABADOS

Isla de Cuba: El paso del Cauto.—La sola contemplación del grabado que en la página 307 ofrecemos á nuestros lectores, dará á éstos una exacta idea de las dificultades que ha ofrecido siempre el aprovisionamiento de aquellas poblaciones para llegar á las cuales era necesario vadear el caudaloso río Cauto.

El convoy, formado por infinito número de carréas tiradas por bueyes, tenía que sortear toda clase de obstáculos, ofreciendo algunos dificultades poco menos que insuperables.

Las fuerzas para custodiar tan grande impedimento tenían que ser muy numerosas, pues los convoyes eran hostilizados día y noche por el enemigo, habiéndose librado en ocasiones terribles combates.

El paso del Cauto, sobre todo, rara vez se ha hecho sin grandes sacrificios, pues los insurrectos, ocultos en la maleza de las orillas, hostilizaban sin cesar á nuestros soldados.

Hasta cuando los convoyes se han llevado en barcos por el río han tenido lugar verdaderas catástrofes á causa de los torpedos colocados por el enemigo.

Ambulancia de cartón-cuero.—Ya que la guerra, aunque otra cosa prediquen los filántropos, es inevitable, la humanidad aconseja la mejor asistencia posible á los heridos en el combate.

Para establecer buenos hospitales de sangre, improvisados en lugares próximos al teatro de la lucha, son inmejorables las barracas de cartón-cuero, que sustituyen con ventaja á las tiendas de campaña, por excelentes que éstas sean.

Bastará fijarse en el grabado que en la página 308 ofrecemos á nuestros lectores para quedar perseguidos de la facilidad con que se arman las barracas y en esto consiste su principal utilidad.

Vista general de Manzanillo.—La ciudad de Manzanillo tiene 16.500 habitantes y se halla situada sobre una deliciosa y magnífica ensenada á kilómetro y medio de la boca del río Yara y á 252 kilómetros al Noroeste de San Iago de Cuba. Su planta es regular, con calles rectas de regular anchura; tiene buenos edificios, aunque de poca elevación, sobresaliendo entre ellos la iglesia y dos hospitales.

Tiene Juzgado de primera instancia, Registro de la propiedad, seis escuelas, Administración de aduanas, Correos y Telégrafos y varias fábricas para elaborar tabacos.

Los campos de Manzanillo producen excelente tabaco, café, azúcar y algodón.

En las páginas 310, 311 y 312 publicamos una vista general de Manzanillo y otras parciales.

Un servicio humanitario.—La Guardia civil, ese instituto cuya creación no será nunca lo suficientemente alabado, por lo mismo que constituye el terror de los criminales, es una garantía para los hombres honrados.

Sin embargo, los individuos del benemérito instituto, no se concretan á la persecución y captura de la gente de mal vivir.

En toda ocasión y momento, la Guardia civil está dispuesto á realizar los actos más sublimes, aun á costa de su propia existencia.

De semejantes rasgos está lleno el historial del cuerpo, así como de servicios humanitarios que honran por extremo á los que visten el ya clásico uniforme.

El grabado que publicamos en la página 316 es una escena que pone de manifiesto cuanto acabamos de decir y cuyo asunto, por lo bien que lo expresó el artista, no necesita explicación.

DROGUERÍA Y FARMACIA

de los Hijos de Carlos Ulzurrun.
ESPARTEROS, 9

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 años de éxito y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para el brazo emplease el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

MODA Y ARTE

Esta revista, que ha entrado en su VI año de publicación, es cada día más apreciada por las señoras, modistas y bordadoras; sus 16 páginas en negro y colores, de gran utilidad práctica, están cuajadas de buenos y elegantes patrones cortados muy exactos.

Su director, nuestro particular amigo el popular dibujante D. Manuel Salvi, procura continuamente imprimir buenas ideas y modelos, y así logra la predilección que por *Moda y Arte* tienen las señoras.

Está impresa á todo lujo y sólo cuesta 50 céntimos el número, 8,50 pesetas el semestre y 17 pesetas año. A toda abonada de año regala una preciosa y gran lámina en colores del Sagrado corazón de María.

Se suscribe en sus oficinas, Clavel 1. Madrid.

SERVICIOS DE LA
COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

LINEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERA-CRUZ.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales, el 10 y 20 de Cádiz y el 20 de Santander.

LINEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico. costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean los días 26 Marzo, 23 Abril, 21 Mayo, 18 Junio, 16 Julio, 13 Agosto, 10 Septiembre, 8 Octubre, 5 Noviembre y 3 Diciembre de 1898, y de Manila cada cuatro sábados, ó sean los días 12 Marzo, 9 Abril, 7 Mayo, 4 Junio, 2 y 30 Julio, 27 Agosto, 24 Septiembre, 22 Octubre, 19 Noviembre y 17 Diciembre de 1898.

LINEA DE BUENOS AIRES.—Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires con escala en Santa Cruz de Tenerife. Saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

LINEA DE FERNANDO POO.—Cuatro viajes al año para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas. puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIO DE AFRICA.—LINEA DE MARRUECOS.—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

SERVICIO DE TANGER.—El vapor *Joaquin del Piélagó* sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en

su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasaje de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila, á precios especiales, para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales que los recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen. las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

PARA MAS INFORMES: En Barcelona: La Compañía Trasatlántica y los señores Ripoll y Compañía, Plaza de Palacio.—Cádiz: La Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid: Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, 13.—Santander: señores Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: Agencia de la Compañía Trasatlántica.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: señores Bosch hermanos.—Valencia: señores Dart y Compañía.—Málaga: D. Antonio Duarte.



Todos los días aparece algún nuevo específico para el cutis; pero estad seguros que casi siempre no son más que afeites. Sólo la *Crema Simón* da á la tez la frescura y belleza, naturales. Desde hace treinta y cinco años se vende en el mundo entero, á pesar de las muchas falsificaciones. Los *Polvos de Arroz* y el *Jabón Simón* completan los efectos higiénicos de la *Crema Simón*.

Imp. de los Hijos de R. Álvarez, á cargo de Arturo Menéndez Ronda de Atocha, 15.—Teléfono 809.—Madrid.

Agente general para los anuncios franceses: M. F. MUS, RUE VEREINGITORIA, 233, París.

Tendrá sana, hermosa y fuerte la

BOCA

y no padecerá dolor de muelas el que use elixir

MENTHOLINA

preparado por el Dr. Andreu.

Su uso blanquece la dentadura, aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las encías, evitando las caries y oscilación de los

DIENTES.

ARTES GRÁFICAS

Fotograbado, zincografía, cromotipia, etc.

ALFONSO CIARÁN

QUINTANA, 34, HOTEL MADRID

ALMACÉN GENERAL DE ROPA

PARA TODOS LOS

Institutos del Ejército y Hospitales militares

DE

CORUJO GALÁN Y COMPAÑIA

—s. en c.—

San Ignacio núm. 82.—HABANA.—Entre Muralla y Sol.

Correo: Apartado 580.—Dirección telegráfica: CORUJO.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis, sana y benéfica; basta con muy poca cantidad para aclarar el cutis más moreno y darle la blancura suave y nacarada del marfil. Precio en París, 5 francos.

DUSSER: 1, rue de J. J. Rousseau, PARIS

NAIPES COMAS

FABRICA DE PAPEL Y NAIPES FINOS DE HILO Y UNA HOJA de Sucesores de S. Comas y Ricart, A. COMAS (S. en C.), Ronda de San Pedro, 4, Barcelona.—Casa fundada en 1797.—Teléfono, 1.708.—Marcas acreditadas: «El Ciervo» y «El Manoc», «El León», de J. Samsó, y «El Periquito», de C. Massó.

El VINO de

PEPTONA CATILLON

restablece las fuerzas las digestiones, el apetito

Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades del

ESTOMAGO

LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.

Su grandioso éxito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma *Catillon*.

3, Boul. St-Martin, Paris y buenas Farmacias.

MEALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

ALIMENTO DE LOS NIÑOS

Para robustecer á los Niños, las Mujeres y personas débiles del Pecho, del Estómago o padecientes de Clorosis ó de Anemia, el mejor y más grato almuerzo es el **RACAHOUT** de los **ARABES** de Delangreter de París.

Depósitos en las Farmacias del Mundo entero.—G. P.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS

y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.

EMPLEAR

los **SALICILATOS** de **VIVAS PÉREZ**

adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.

LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON

PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS DEL MUNDO

Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA

Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos, comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel, y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro.

En la Perfumería Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS, y en las seis Perfumerías sucursales que posee en Paris, así como en todas las buenas Perfumerías.

PÂTE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmético blanquea y suaviza la piel y la preserva de cortaduras, irritaciones, picazones, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.

En la Perfumería Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, y en las seis Perfumerías sucursales que posee en Paris, así como en todas las buenas Perfumerías.